

Primer libro de Samuel

¹ Había un hombre llamado Elcana, hijo de Jerojam, descendiente de Eliú, Tohu y Zuf. Era un efrateo que vivía en Ramataim de Zofim, en la región montañosa de Efraín.

² Elcana tenía dos esposas: una se llamaba Ana y la otra Penina. Penina tenía hijos, pero Ana no podía tenerlos.

³ Cada año, este hombre subía desde su ciudad a Silo para adorar y ofrecer sacrificios a Yahvé de los Ejércitos. Allí, los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, servían como sacerdotes de Yahvé.

⁴ El día que Elcana ofrecía su sacrificio, solía dar porciones de la carne a su esposa Penina y a todos sus hijos e hijas.

⁵ Pero a Ana le daba una porción doble porque la amaba mucho, a pesar de que Yahvé no le había permitido tener hijos.

⁶ Su rival, Penina, la molestaba constantemente para irritarla y humillarla, porque Yahvé la había hecho estéril.

⁷ Esto sucedía año tras año; cada vez que subían a la casa de Yahvé, Penina la provocaba tanto que Ana se ponía a llorar y no quería comer.

⁸ Su esposo Elcana le decía: «Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Por qué estás tan triste? ¿Acaso no valgo yo para ti más que diez hijos?».

⁹ En una ocasión en Silo, después de comer y beber, Ana se levantó. El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, junto a la puerta del templo de Yahvé.

¹⁰ Ana, con mucha amargura en su alma, lloraba desconsoladamente mientras oraba a Yahvé.

¹¹ Entonces hizo una promesa diciendo: «Yahvé de los Ejércitos, si te fijas en la angustia de esta sierva tuya y te acuerdas de mí, si no te olvidas de tu sierva y me das un hijo varón, yo lo entregaré a Yahvé por el resto de su vida, y nunca se cortará el cabello».

¹² Mientras ella seguía orando ante el Señor, Elí se fijó en su boca.

¹³ Como Ana oraba en silencio, solo se movían sus labios; no se escuchaba su voz. Por eso Elí pensó que estaba borracha.

¹⁴ Y le dijo: «¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? ¡Ya deja el vino!».

¹⁵ Ana le respondió: «No, señor mío; no estoy borracha. Soy una mujer que está sufriendo mucho. No he bebido vino ni licor, sino que estaba desahogando mi alma ante Yahvé.

¹⁶ No me confunda con una mujer mala; he estado orando así por mi gran angustia y dolor».

¹⁷ Entonces Elí le contestó: «Vete en paz, y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido».

¹⁸ Ella respondió: «Espero contar siempre con su favor». Luego Ana se fue, comió algo y su rostro ya no estaba triste.

¹⁹ Al día siguiente, se levantaron temprano para adorar a Yahvé y luego regresaron a su

casa en Ramá. Elcana se unió a su esposa Ana, y el Señor se acordó de su petición.

²⁰ Pasado el tiempo, Ana concibió y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Samuel, porque dijo: «Se lo pedí a Yahvé».

²¹ Cuando Elcana subió de nuevo con toda su familia para ofrecer a Yahvé el sacrificio anual y cumplir su promesa,

²² Ana decidió no ir. Le dijo a su esposo: «No iré hasta que el niño deje de amamantar. Entonces lo llevaré para presentarlo ante Yahvé, y se quedará allá para siempre».

²³ Elcana le respondió: «Haz lo que te parezca mejor. Quédate hasta que lo destetes; y que Yahvé cumpla su palabra». Así que ella se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó.

²⁴ En cuanto lo destetó, lo llevó con ella a la casa de Yahvé en Silo, a pesar de que el niño era muy pequeño. Llevó también tres toros, veinte kilos de harina y un frasco de vino.

²⁵ Después de sacrificar el toro, llevaron al niño ante Elí.

²⁶ Ella le dijo: «¡Perdone, señor mío! Tan cierto como que usted vive, yo soy la mujer que estuvo aquí a su lado orando a Yahvé».

²⁷ Le pedí a Dios este niño, y él me concedió lo que le pedí.

²⁸ Por eso, ahora yo lo entrego a Yahvé. Mientras viva, él pertenecerá a Yahvé». Y allí adoraron a Yahvé.

2

¹ Ana oró y dijo:

«¡Mi corazón se regocija en el Señor!

 Mi cuerno ha sido ensalzado en el Señor.
Mi boca se ensancha contra mis enemigos,
 por cuanto me alegro en tu salvación.

² No hay nadie tan santo como el Señor;
 porque no hay nadie fuera de ti,
 ni hay roca como el Dios nuestro.

³ No sigáis hablando con tanto orgullo;
 no salga la arrogancia de vuestra boca;
 porque el Señor es un Dios que todo lo sabe,
 y por él son pesadas las acciones.

⁴ Los arcos de los fuertes se han quebrado,
 y los que tropezaban se ciñeron de fuerzas.

⁵ Los que estaban saciados se alquilaron por pan,
 y los que tenían hambre dejaron de tenerla.
Incluso la estéril ha dado a luz a siete,
 y la que tenía muchos hijos languidece.

⁶ El Señor quita la vida y la da;
 él hace descender al Seol y retornar.

⁷ El Señor empobrece y él enriquece;
 él humilla y también ensalza.

⁸ Él levanta del polvo al pobre,
 y del estercolero alza al necesitado,
 para hacerlos sentar con los príncipes
 y heredar un trono de gloria.

Porque del Señor son las columnas de la tierra,
 y sobre ellas asentó el mundo.

⁹ Él guardará los pies de sus santos,
 mas los impíos perecerán en las tinieblas;

porque nadie prevalecerá por su propia fuerza.

¹⁰ Los que contienden con el Señor serán quebrantados; desde los cielos tronará él contra ellos.

El Señor juzgará los confines de la tierra, dará fortaleza a su Rey y ensalzará el cuerno de su Ungido».

¹¹ Elcana se volvió a su casa en Ramá; y el niño ministraba al Señor delante del sacerdote Elí.

¹² Los hijos de Elí eran hombres impíos que no reconocían al Señor.

¹³ Era costumbre de los sacerdotes con el pueblo que, cuando alguien ofrecía un sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, con un garfio de tres garfios en la mano,

¹⁴ y lo clavaba en la cazuela, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que el garfio sacaba, el sacerdote lo tomaba para sí. Así hacían con todos los israelitas que acudían allí, a Silo.

¹⁵ Asimismo, antes de quemar la grosura, venía el criado del sacerdote y decía al que sacrificaba: «Da carne que asar para el sacerdote; porque no aceptará de ti carne cocida, sino cruda».

¹⁶ Si el hombre le respondía: «Quemen primero la grosura y luego toma tanto como desees», él decía: «No, sino dámela ahora mismo; de lo contrario, la tomaré por la fuerza».

¹⁷ El pecado de los jóvenes era, pues, muy grande delante del Señor, porque los hombres menospreciaban las ofrendas del Señor.

18 Pero el joven Samuel ministraba en la presencia del Señor, vestido con un efod de lino.

19 Su madre le hacía una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio anual.

20 Elí bendecía a Elcana y a su mujer, diciendo: «El Señor te dé descendencia de esta mujer en lugar de la petición que ella hizo al Señor». Y se volvían a su casa.

21 Y el Señor visitó a Ana, la cual concibió y dio a luz tres hijos y dos hijas. Entretanto, el joven Samuel crecía delante del Señor.

22 Elí era ya muy anciano y oía todo lo que sus hijos hacían a todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de la congregación.

23 Y les dijo: «¿Por qué hacéis tales cosas? Porque oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes.

24 No, hijos míos, porque no es buena fama la que oigo; hacéis prevaricar al pueblo del Señor.

25 Si el hombre peca contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno peca contra el Señor, ¿quién rogará por él?». Pero ellos no escucharon la voz de su padre, porque el Señor había resuelto quitarles la vida.

26 Y el joven Samuel iba creciendo y haciéndose grato tanto delante del Señor como delante de los hombres.

27 Vino un hombre de Dios a Elí y le dijo: «Así ha dicho el Señor: “¿No me manifesté yo claramente a la casa de tu padre, cuando

estaban en Egipto bajo el dominio de la casa de Faraón?

²⁸ Yo lo escogí de entre todas las tribus de Israel para que fuese mi sacerdote, para que ofreciese sobre mi altar, quemase incienso y llevase efod delante de mí; y di a la casa de tu padre todas las ofrendas por fuego de los hijos de Israel.

²⁹ ¿Por qué habéis pisoteado mis sacrificios y mis presentes, que yo mandé ofrecer en mi morada, y has honrado a tus hijos más que a mí, engordándoos con lo mejor de todas las ofrendas de Israel mi pueblo?”

³⁰ Por tanto, el Señor Dios de Israel dice: “Yo había dicho que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí para siempre”; mas ahora el Señor dice: “Lejos sea esto de mí, porque yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco.

³¹ He aquí, vienen días en que cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, de modo que no haya anciano en tu casa.

³² Verás a un rival en mi morada, en medio de todos los bienes que el Señor hará a Israel; y nunca habrá anciano en tu casa.

³³ El hombre de los tuyos que yo no corte de mi altar, será para consumir tus ojos y llenar de dolor tu alma; y toda la prole de tu casa morirá en la flor de la edad.

³⁴ Y te será por señal esto que acontecerá a tus dos hijos, Ofni y Finees: ambos morirán en el mismo día.

³⁵ Yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga

conforme a lo que está en mi corazón y en mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos los días.

³⁶ Y el que hubiere quedado en tu casa vendrá a postrarse delante de él por una moneda de plata y un bocado de pan, diciéndole: Te ruego que me admitas en algún ministerio sacerdotal, para que pueda comer un mendrugo de pan”».

3

¹ El joven Samuel servía al Señor a las órdenes de Elí. En aquellos días la palabra del Señor escaseaba y no eran frecuentes las visiones.

² Cierta día, Elí estaba acostado en su habitación (sus ojos empezaban a debilitarse y no podía ver).

³ La lámpara de Dios aún no se había apagado, y Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el arca de Dios.

⁴ El Señor llamó a Samuel, y él respondió: «Aquí estoy».

⁵ Corrió a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Elí dijo: «Yo no te he llamado; vuelve a acostarte». Y él se fue a acostar.

⁶ El Señor volvió a llamar: «¡Samuel!». Samuel se levantó, fue a donde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió él: «Hijo mío, yo no te he llamado; vuelve a acostarte».

⁷ Samuel aún no conocía al Señor, ni se le había revelado todavía la palabra del Señor.

⁸ El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Él se levantó, fue a Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me

has llamado». Entonces Elí comprendió que el Señor llamaba al joven.

⁹ Por eso Elí dijo a Samuel: «Ve y acuéstate. Si te llama, dirás: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”». Samuel se fue y se acostó en su sitio.

¹⁰ El Señor se presentó y llamó como las otras veces: «¡Samuel! ¡Samuel!». Entonces Samuel dijo: «Habla, que tu siervo escucha».

¹¹ El Señor dijo a Samuel: «Mira, voy a hacer algo en Israel que hará que a todo el que lo oiga le retiñan ambos oídos.

¹² Aquel día cumpliré contra Elí todo lo que he dicho sobre su casa, de principio a fin.

¹³ Le he dicho que juzgaré a su casa para siempre por la maldad que él conoce; porque sus hijos se han hecho dignos de ignominia y él no los ha reprendido.

¹⁴ Por eso he jurado a la casa de Elí que su pecado no será expiado jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas».

¹⁵ Samuel se quedó acostado hasta la mañana y abrió las puertas de la casa del Señor. Tenía miedo de contarle la visión a Elí.

¹⁶ Pero Elí llamó a Samuel: «¡Samuel, hijo mío!». Él respondió: «Aquí estoy».

¹⁷ Elí le dijo: «¿Qué es lo que te ha dicho? Por favor, no me lo ocultes. Que Dios te castigue severamente si me ocultas algo de lo que te ha hablado».

¹⁸ Samuel se lo contó todo sin ocultar nada. Elí dijo: «Es el Señor. Que haga lo que le parezca bien».

¹⁹ Samuel crecía, el Señor estaba con él y no

dejó caer en tierra ninguna de sus palabras.

²⁰ Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, reconoció que Samuel era un verdadero profeta del Señor.

²¹ El Señor volvió a aparecer en Silo, porque allí se revelaba a Samuel por medio de su palabra.

4

¹ La palabra de Samuel llegó a todo Israel.

Salió Israel al encuentro de los filisteos para combatir, y acampó junto a Ebenezer, mientras los filisteos acamparon en Afec.

² Los filisteos se pusieron en orden de batalla contra Israel. Cuando se trabó el combate, Israel fue derrotado por los filisteos, los cuales mataron en el campo de batalla a unos cuatro mil hombres del ejército.

³ Cuando el pueblo regresó al campamento, los ancianos de Israel dijeron: «¿Por qué nos ha derrotado hoy el Señor ante los filisteos? Traigamos de Silo el arca de la alianza del Señor para que venga entre nosotros y nos salve de la mano de nuestros enemigos».

⁴ Entonces el pueblo envió gente a Silo, y trajeron de allí el arca de la alianza del Señor de los Ejércitos, que está sentado sobre los querubines; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el arca de la alianza de Dios.

⁵ Cuando el arca de la alianza del Señor entró en el campamento, todo Israel lanzó un gran alarido, de tal manera que la tierra retumbó.

⁶ Cuando los filisteos oyeron el estruendo del griterío, dijeron: «¿Qué significa el estruendo de este gran clamor en el campamento de los hebreos?». Y comprendieron que el arca del Señor había llegado al campamento.

⁷ Los filisteos se atemorizaron, pues decían: «Dios ha entrado en el campamento». Y exclamaron: «¡Ay de nosotros! Porque nunca antes había sucedido cosa semejante.

⁸ ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses poderosos? Estos son los dioses que hirieron a los egipcios con toda clase de plagas en el desierto.

⁹ ¡Fortaleceos y comportaos como hombres, oh filisteos, para que no seáis siervos de los hebreos como ellos lo han sido de vosotros! ¡Sed hombres y luchad!».

¹⁰ Los filisteos lucharon e Israel fue derrotado; cada cual huyó a su tienda. Fue una matanza muy grande, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie.

¹¹ El arca de Dios fue capturada, y murieron los dos hijos de Elí, Ofni y Finees.

¹² Un hombre de la tribu de Benjamín salió corriendo del frente de batalla y llegó a Silo aquel mismo día, con sus vestidos rasgados y tierra sobre su cabeza.

¹³ Cuando llegó, Elí estaba sentado en su asiento junto al camino, a la expectativa, porque su corazón temblaba por el arca de Dios. En cuanto el hombre entró en la ciudad y dio las noticias, toda la ciudad prorrumpió en gritos.

¹⁴ Al oír Elí el estrépito del clamor, preguntó: «¿Qué significa el estruendo de este tumulto?».

Aquel hombre se apresuró y fue a informar a Elí.

¹⁵ Elí tenía noventa y ocho años; sus ojos estaban nublados, de modo que no podía ver.

¹⁶ El hombre dijo a Elí: «Yo soy el que viene del frente; hoy mismo he escapado del campo de batalla».

Elí preguntó: «¿Qué ha pasado, hijo mío?».

¹⁷ El mensajero respondió: «Israel ha huido ante los filisteos y ha habido una gran mortandad entre el pueblo. También tus dos hijos, Ofni y Finees, han muerto, y el arca de Dios ha sido capturada».

¹⁸ En cuanto él mencionó el arca de Dios, Elí se cayó del asiento hacia atrás, junto a la puerta; se desnucó y murió, pues era ya un hombre anciano y pesado. Había juzgado a Israel durante cuarenta años.

¹⁹ Su nuera, la mujer de Finees, estaba encinta y próxima al parto. Al oír la noticia de que el arca de Dios había sido capturada y que su suegro y su marido habían muerto, se inclinó y dio a luz, pues le sobrevinieron los dolores.

²⁰ Cuando estaba a punto de morir, las mujeres que la asistían le dijeron: «No temas, porque has dado a luz un hijo». Pero ella no respondió ni le hizo caso.

²¹ Llamó al niño Icabod, diciendo: «¡La gloria se ha ido de Israel!», por la captura del arca de Dios y por la muerte de su suegro y de su marido.

²² Exclamó: «La gloria se ha alejado de Israel, porque el arca de Dios ha sido capturada».

5

¹ Los filisteos tomaron el arca de Dios y la llevaron de Ebenezer a Asdod.

² Tomaron los filisteos el arca de Dios, la metieron en la casa de Dagón y la colocaron junto a Dagón.

³ Cuando los de Asdod se levantaron temprano al día siguiente, he aquí que Dagón había caído de bruces al suelo ante el arca del Señor. Tomaron a Dagón y lo volvieron a poner en su sitio.

⁴ Al levantarse de madrugada al día siguiente, vieron que Dagón había caído de bruces al suelo ante el arca de Yahvé; la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos estaban cortadas sobre el umbral, y solo le quedaba el tronco.

⁵ Por esta razón, ni los sacerdotes de Dagón ni ninguno de los que entran en la casa de Dagón pisan el umbral de Dagón en Asdod hasta el día de hoy.

⁶ Pero la mano de Yahvé se agravó sobre los de Asdod; los asoló y los hirió con tumores, tanto en Asdod como en sus territorios.

⁷ Al ver los hombres de Asdod lo que ocurría, dijeron: «No se quede con nosotros el arca del Dios de Israel, porque su mano es severa contra nosotros y contra nuestro dios Dagón».

⁸ Convocaron, pues, a todos los príncipes de los filisteos y les preguntaron: «¿Qué haremos con el arca del Dios de Israel?».

Ellos respondieron: «Que el arca del Dios de Israel sea trasladada a Gat». Y trasladaron allí el arca del Dios de Israel.

Respondieron: “Que el arca del Dios de Israel sea llevada a Gat”. Llevaron allí el arca del Dios de Israel.

⁹ Pero aconteció que, después de haberla trasladado, la mano de Yahvé cayó sobre la ciudad con gran pánico; hirió a los hombres de la ciudad, desde el más pequeño hasta el más grande, y les brotaron tumores.

¹⁰ Entonces enviaron el arca de Dios a Ecrón.

Cuando el arca de Dios llegó a Ecrón, los ecronitas gritaron: «Han traído hasta nosotros el arca del Dios de Israel para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo».

¹¹ Convocaron a todos los príncipes de los filisteos y dijeron: «Despachad el arca del Dios de Israel y que vuelva a su lugar, para que no nos mate a nosotros ni a nuestro pueblo». Porque había un pánico mortal en toda la ciudad; la mano de Dios se había hecho sentir allí con gran peso.

¹² Los que no morían eran heridos con tumores, y el clamor de la ciudad subía hasta el cielo.

6

¹ El arca del Señor estuvo siete meses en el territorio de los filisteos.

² Los filisteos llamaron a los sacerdotes y a los adivinos, diciendo: «¿Qué haremos con el arca del Señor? Decidnos cómo debemos enviarla a su lugar».

³ Ellos respondieron: «Si enviáis el arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía, sino que por todos los medios debéis entregarle una ofrenda por la culpa. Entonces quedaréis curados, y sabréis por qué su mano no se aparta de vosotros».

⁴ Entonces preguntaron: «¿Cuál debe ser la ofrenda por la culpa que le entregaremos?».

Dijeron: «Cinco tumores de oro y cinco ratones de oro, conforme al número de los príncipes de los filisteos; porque una sola plaga ha caído sobre todos vosotros y sobre vuestros príncipes.

⁵ Por tanto, haréis imágenes de vuestros tumores e imágenes de vuestros ratones que asuelan la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel. Tal vez él retire su mano de vosotros, de vuestros dioses y de vuestra tierra.

⁶ ¿Por qué endurecéis vuestro corazón como endurecieron su corazón los egipcios y el faraón? Después de que él hubo hecho maravillas entre ellos, ¿no dejaron ir al pueblo, y este se marchó?

⁷ Ahora, pues, tomad y preparad un carro nuevo y dos vacas paridas sobre las que no haya recaído yugo; atad las vacas al carro y devolved sus terneros a casa;

⁸ tomad el arca del Señor y ponedla sobre el carro. Poned las joyas de oro, que le entregáis como ofrenda por la culpa, en una caja a su lado; y dejad que se vaya.

⁹ Observad: si sube por el camino de su propia frontera hacia Bet Semes, entonces él nos ha hecho este gran mal; pero si no, sabremos que

no es su mano la que nos ha herido, sino que fue por casualidad».

¹⁰ Así lo hicieron los hombres; tomaron dos vacas paridas, las ataron al carro y encerraron a sus terneros en casa.

¹¹ Pusieron el arca del Señor en el carro, junto con la caja que contenía los ratones de oro y las imágenes de sus tumores.

¹² Las vacas tomaron el camino recto por la vía de Bet Semes. Iban por el camino mugiendo mientras caminaban, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda; y los príncipes de los filisteos fueron tras ellas hasta el límite de Bet Semes.

¹³ Los habitantes de Bet Semes estaban segando el trigo en el valle, y al alzar los ojos vieron el arca y se alegraron de verla.

¹⁴ El carro llegó al campo de Josué de Bet Semes y se detuvo allí, donde había una gran piedra. Entonces partieron la madera del carro y ofrecieron las vacas en holocausto al Señor.

¹⁵ Los levitas bajaron el arca del Señor y el cofre que la acompañaba, en el que estaban las joyas de oro, y los pusieron sobre la gran piedra; y los hombres de Bet Semes ofrecieron aquel mismo día holocaustos y sacrificios al Señor.

¹⁶ Cuando los cinco príncipes de los filisteos vieron esto, regresaron a Ecrón el mismo día.

¹⁷ Estos son los tumores de oro que los filisteos entregaron como ofrenda por la culpa al Señor: uno por Asdod, uno por Gaza, uno por Ascalón, uno por Gat y uno por Ecrón;

¹⁸ y los ratones de oro, conforme al número de todas las ciudades de los filisteos que

pertenecían a los cinco príncipes, tanto de las ciudades fortificadas como de las aldeas, hasta la gran piedra sobre la que depositaron el arca del Señor. Esa piedra permanece hasta hoy en el campo de Josué de Bet Semes.

¹⁹ Pero el Señor hirió a los hombres de Bet Semes porque habían mirado dentro del arca del Señor; hirió a cincuenta mil setenta hombres. El pueblo se lamentó porque el Señor los había herido con una matanza tan grande.

²⁰ Los hombres de Bet Semes dijeron: «¿Quién podrá estar en pie ante el Señor, este Dios tan santo? ¿A quién subirá el arca desde nosotros?».

²¹ Enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat Jearim, diciendo: «Los filisteos han devuelto el arca del Señor. Bajad y llevadla con vosotros».

7

¹ Vinieron los hombres de Quiriat-jearim y se llevaron el arca del Señor, y la condujeron a casa de Abinadab, en el collado; y consagraron a Eleazar su hijo para que guardase el arca del Señor.

² Desde el día en que el arca quedó en Quiriat-jearim pasó mucho tiempo, unos veinte años; y toda la casa de Israel suspiraba por el Señor.

³ Entonces Samuel habló a toda la casa de Israel, diciendo: «Si os volvéis al Señor de todo corazón, quitad de entre vosotros los dioses ajenos y las imágenes de Astarot, dirigid vuestro corazón al Señor y servidle solo a él; y él os librará de mano de los filisteos».

⁴ Entonces los hijos de Israel quitaron los baales y las imágenes de Astarot, y sirvieron solo al Señor.

⁵ Samuel dijo: «Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré al Señor por vosotros».

⁶ Se reunieron en Mizpa, sacaron agua y la derramaron ante el Señor; ayunaron aquel día y dijeron allí: «Hemos pecado contra el Señor». Y Samuel juzgó a los hijos de Israel en Mizpa.

⁷ Cuando los filisteos oyeron que los hijos de Israel estaban reunidos en Mizpa, subieron los príncipes de los filisteos contra Israel. Al oírlo los hijos de Israel, tuvieron miedo de los filisteos.

⁸ Dijeron los hijos de Israel a Samuel: «No dejes de clamar por nosotros al Señor nuestro Dios, para que nos salve de mano de los filisteos».

⁹ Samuel tomó un cordero lechal y lo ofreció entero en holocausto al Señor; clamó Samuel al Señor por Israel, y el Señor le escuchó.

¹⁰ Y aconteció que, mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos se acercaron para combatir contra Israel; pero el Señor tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos y los atemorizó, y fueron derrotados ante Israel.

¹¹ Saliendo los hombres de Israel de Mizpa, persiguieron a los filisteos, hiriéndolos hasta abajo de Bet-car.

¹² Tomó luego Samuel una piedra y la asentó entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Ebenezer, diciendo: «Hasta aquí nos ayudó el Señor».

¹³ Así fueron sometidos los filisteos y no volvieron a entrar en el territorio de Israel; y la mano del Señor estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel.

¹⁴ Las ciudades que los filisteos habían tomado a los israelitas fueron restituidas a Israel, desde Ecrón hasta Gat; e Israel libró su territorio de mano de los filisteos. Y hubo paz entre Israel y los amorreos.

¹⁵ Samuel juzgó a Israel todos los días de su vida.

¹⁶ Cada año iba en circuito a Betel, a Gilgal y a Mizpa, y juzgaba a Israel en todos estos lugares.

¹⁷ Después volvía a Ramá, porque allí estaba su casa y allí juzgaba a Israel; y edificó allí un altar al Señor.

8

¹ Cuando Samuel envejeció, puso a sus hijos como jueces sobre Israel.

² El nombre de su primogénito era Joel, y el del segundo, Abías; estos eran jueces en Berseba.

³ Pero sus hijos no anduvieron por los caminos de su padre, sino que se desviaron tras ganancias deshonestas, aceptando sobornos y pervirtiendo el derecho.

⁴ Entonces todos los ancianos de Israel se reunieron y fueron a ver a Samuel en Ramá,

⁵ y le dijeron: «Mira, tú ya eres viejo y tus hijos no siguen tus pasos. Danos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones».

⁶ Pero a Samuel le disgustó que dijeran: «Danos un rey que nos juzgue».

Y Samuel oró al Señor.

⁷ El Señor dijo a Samuel: «Escucha la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han rechazado a ti, sino que me han rechazado a mí para que no reine sobre ellos.

⁸ Conforme a todas las obras que han hecho desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy, abandonándome y sirviendo a otros dioses, así están haciendo también contigo.

⁹ Ahora, pues, escucha su voz; pero adviérteles solemnemente y muéstrales cuál será el derecho del rey que ha de reinar sobre ellos».

¹⁰ Samuel contó todas las palabras de Yahvé al pueblo que le pedía un rey.

¹¹ Dijo: “Este será el camino del rey que reinará sobre ustedes: tomará a sus hijos y los designará como sus servidores, para sus carros y para ser sus jinetes; y correrán delante de sus carros.

¹² Los nombrará para él como capitanes de millares y capitanes de cincuenta; y asignará a algunos para arar su tierra y segar su cosecha, y para hacer sus instrumentos de guerra y los instrumentos de sus carros.

¹³ Tomará a vuestras hijas para que sean perfumistas, cocineras y panaderas.

¹⁴ Tomará tus campos, tus viñedos y tus olivares, incluso los mejores, y los dará a sus siervos.

¹⁵ Tomará la décima parte de tus semillas y de tus viñedos, y se la dará a sus funcionarios y a sus siervos.

¹⁶ Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes y vuestros asnos para

emplearlos en sus obras.

¹⁷ Diezmará también vuestros rebaños, y vosotros mismos seréis sus siervos.

¹⁸ Aquel día clamaréis a causa del rey que habréis elegido, pero el Señor no os responderá entonces».

¹⁹ El pueblo, sin embargo, no quiso escuchar la voz de Samuel, y dijo: «¡No! Queremos tener un rey sobre nosotros;

²⁰ así seremos también como todas las naciones; nuestro rey nos juzgará, saldrá al frente de nosotros y combatirá en nuestras batallas».

²¹ Samuel oyó todas las palabras del pueblo y las repitió a oídos del Señor.

²² Y el Señor dijo a Samuel: «Escucha su voz y dales un rey».

Entonces Samuel dijo a los hombres de Israel: «Idos cada uno a vuestra ciudad».

9

¹ Había un hombre de Benjamín que se llamaba Cis, hijo de Abiel, hijo de Zeror, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un benjamita, hombre valiente.

² Tenía un hijo que se llamaba Saúl, un joven impresionante; no había entre los hijos de Israel persona más hermosa que él. Desde los hombros arriba aventajaba en estatura a cualquiera del pueblo.

³ Se le perdieron los asnos a Cis, padre de Saúl. Entonces dijo Cis a su hijo Saúl: «Toma ahora contigo a uno de los criados, levántate y ve a buscar los asnos».

⁴ Atravesó la región montañosa de Efraín y pasó por la tierra de Salisá, pero no los encontraron. Luego pasaron por la tierra de Saalam, y tampoco estaban allí. Pasó después por la tierra de los benjamitas, pero no los encontraron.

⁵ Cuando llegaron a la tierra de Zuf, Saúl dijo a su criado que estaba con él: «Ven, volvamos; no sea que mi padre deje de preocuparse por los asnos y se inquiete por nosotros».

⁶ El criado le respondió: «He aquí que hay un hombre de Dios en esta ciudad, y es un hombre muy respetado; todo lo que él dice sucede sin falta. Vayamos allá; tal vez él pueda indicarnos el camino que debemos seguir».

⁷ Saúl dijo a su criado: «Pero si vamos, ¿qué le llevaremos al hombre? Porque el pan de nuestros sacos se ha acabado y no tenemos ningún regalo que llevar al hombre de Dios. ¿Qué nos queda?».

⁸ El criado volvió a responder a Saúl: «Mira, tengo en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata; se la daré al hombre de Dios para que nos indique nuestro camino».

⁹ (Antiguamente en Israel, cuando alguien iba a consultar a Dios, decía: «Venid, vayamos al vidente»; porque al que hoy se llama profeta, antes se le llamaba vidente).

¹⁰ Entonces Saúl dijo a su criado: «Bien dicho. Ven, vamos». Y fueron a la ciudad donde estaba el hombre de Dios.

11 Mientras subían la cuesta de la ciudad, encontraron a unas jóvenes que salían a sacar agua y les preguntaron: «¿Está aquí el vidente?».

12 Ellas les respondieron: «Sí, ahí está, delante de vosotros. Daos prisa, pues ha venido hoy a la ciudad porque el pueblo tiene hoy un sacrificio en el lugar alto.

13 En cuanto hayáis entrado en la ciudad, lo encontraréis antes de que suba al lugar alto a comer; porque el pueblo no comerá hasta que él llegue, pues él es quien bendice el sacrificio; después comen los invitados. Subid, pues, ahora, porque en este momento lo encontraréis».

14 Subieron a la ciudad. Cuando entraban por la puerta, Samuel salía a su encuentro para subir al lugar alto.

15 Un día antes de que llegara Saúl, el Señor se lo había revelado a Samuel, diciendo:

16 «Mañana a estas horas te enviaré a un hombre de la tierra de Benjamín, al cual ungirás como caudillo de mi pueblo Israel. Él salvará a mi pueblo de mano de los filisteos; porque yo he mirado a mi pueblo, pues su clamor ha llegado hasta mí».

17 Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le dijo: «He aquí el hombre de quien te hablé; este tendrá autoridad sobre mi pueblo».

18 Saúl se acercó a Samuel en la puerta y le dijo: «Por favor, dime dónde está la casa del vidente».

19 Samuel respondió a Saúl: «Yo soy el vidente. Sube delante de mí al lugar alto, pues hoy comeréis conmigo. Por la mañana te dejaré

marchar y te declararé todo lo que tienes en el corazón.

²⁰ En cuanto a tus asnos, que se perdieron hace tres días, no te preocupes por ellos, pues ya han sido encontrados. ¿Y para quién es todo lo precioso de Israel, sino para ti y para toda la casa de tu padre?».

²¹ Saúl respondió: «¿No soy yo benjamita, de la más pequeña de las tribus de Israel? ¿Y no es mi familia la más insignificante de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me hablas de esta manera?».

²² Samuel tomó a Saúl y a su criado y los introdujo en la sala de invitados, y les dio el mejor lugar entre los comensales, que eran unos treinta hombres.

²³ Samuel dijo al cocinero: «Trae la porción que te di, de la cual te dije: “Guárdala aparte”».

²⁴ El cocinero tomó el muslo y lo que estaba sobre él y lo puso delante de Saúl. Samuel dijo: «He aquí lo que estaba reservado; ponlo delante de ti y come, porque se ha guardado para ti para esta ocasión, desde que dije que invitaría al pueblo». Así comió Saúl con Samuel aquel día.

²⁵ Cuando bajaron del lugar alto a la ciudad, Samuel habló con Saúl en el terrado.

²⁶ Se levantaron temprano; y al amanecer, Samuel llamó a Saúl, que estaba en el terrado, diciendo: «Levántate, para que te despida». Se levantó Saúl, y salieron ambos fuera, él y Samuel.

²⁷ Cuando bajaban al extremo de la ciudad, Samuel dijo a Saúl: «Di al criado que se adelante»

(y el criado se adelantó), «pero tú quédate quieto ahora, para que te haga oír la palabra de Dios».

10

¹ Entonces Samuel tomó la redoma de aceite y la derramó sobre la cabeza de Saúl; luego lo besó y le dijo: «¿No te ha ungido el Señor para que seas caudillo sobre su heredad?

² Cuando hoy te hayas alejado de mí, encontrarás a dos hombres junto a la tumba de Raquel, en el territorio de Benjamín, en Zelza. Ellos te dirán: “Los asnos que fuiste a buscar han sido encontrados; y he aquí que tu padre ha dejado de preocuparse por los asnos y está angustiado por vosotros, diciendo: ¿Qué haré por mi hijo?”».

³ «Luego seguirás adelante desde allí, y llegarás a la encina de Tabor. Allí te saldrán al encuentro tres hombres que suben a adorar a Dios en Betel: uno llevará tres cabritos, otro llevará tres panes y otro llevará un odre de vino.

⁴ Ellos te saludarán y te darán dos panes, que recibirás de su mano.

⁵ Después llegarás a la colina de Dios, donde está la guarnición de los filisteos; y sucederá que, cuando hayas entrado en la ciudad, te encontrarás con un grupo de profetas que bajan del lugar alto precedidos de salterios, panderos, flautas y arpas, y estarán profetizando.

⁶ Entonces el Espíritu del Señor vendrá con poder sobre ti, profetizarás con ellos y serás mudado en otro hombre.

⁷ Cuando te hayan sucedido estas señales, haz lo que te venga a la mano, porque Dios está contigo.

⁸ Desciende delante de mí a Gilgal; y he aquí que yo bajaré a ti para ofrecer holocaustos y sacrificar ofrendas de paz. Espera siete días, hasta que yo venga a ti y te enseñe lo que has de hacer».

⁹ Sucedió que, en cuanto Saúl volvió la espalda para apartarse de Samuel, Dios le cambió el corazón; y todas aquellas señales se cumplieron aquel mismo día.

¹⁰ Cuando llegaron al monte, he aquí que un grupo de profetas le salió al encuentro; el Espíritu de Dios vino con poder sobre él, y profetizó en medio de ellos.

¹¹ Y aconteció que, cuando todos los que le conocían de antes vieron que profetizaba con los profetas, el pueblo se decía unos a otros: «¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis? ¿También Saúl está entre los profetas?».

¹² Un hombre de aquel lugar respondió: «¿Y quién es el padre de ellos?». Por eso se convirtió en proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?».

¹³ Cuando terminó de profetizar, llegó al lugar alto.

¹⁴ El tío de Saúl les preguntó a él y a su criado: «¿A dónde habéis ido?».

Él respondió: «A buscar los asnos. Como vimos que no aparecían, fuimos a Samuel».

¹⁵ El tío de Saúl le dijo: «Te ruego que me cuentes lo que os dijo Samuel».

16 Saúl respondió a su tío: «Nos declaró que los asnos ya habían sido encontrados». Pero no le descubrió nada del asunto del reino que Samuel le había mencionado.

17 Samuel convocó al pueblo ante el Señor en Mizpa,

18 y dijo a los hijos de Israel: «Así dice el Señor, el Dios de Israel: “Yo saqué a Israel de Egipto y os libré de mano de los egipcios y de mano de todos los reinos que os oprimían”.

19 Pero vosotros habéis rechazado hoy a vuestro Dios, que os salva de todas vuestras aflicciones y angustias, y habéis dicho: “No, pon un rey sobre nosotros”. Ahora, pues, presentaos ante el Señor por vuestras tribus y por vuestros millares».

20 Samuel hizo acercar a todas las tribus de Israel, y fue elegida por suerte la tribu de Benjamín.

21 Hizo acercar a la tribu de Benjamín por sus familias, y fue elegida la familia de Matri. Finalmente fue elegido Saúl hijo de Cis; pero cuando lo buscaron, no lo hallaron.

22 Preguntaron, pues, otra vez al Señor: «¿Ha venido ya acá aquel hombre?».

El Señor respondió: «He aquí que está escondido entre el bagaje».

23 Corrieron y lo sacaron de allí; y cuando se puso en medio del pueblo, aventajaba en estatura a todos, desde los hombros arriba.

24 Samuel dijo a todo el pueblo: «¿Veis al que el Señor ha elegido? No hay nadie como él en todo el pueblo».

Entonces todo el pueblo clamó con júbilo, diciendo: «¡Viva el rey!».

²⁵ Samuel explicó luego al pueblo las leyes del reino, las escribió en un libro y lo guardó ante el Señor. Después Samuel despidió a todo el pueblo, cada uno a su casa.

²⁶ También Saúl se fue a su casa en Gabaa, y con él fueron los hombres valientes cuyos corazones Dios había tocado.

²⁷ Pero algunos perversos dijeron: «¿Cómo nos va a salvar este?». Y le despreciaron y no le llevaron presentes. Mas él disimuló.

11

¹ Entonces Nahas el amonita subió y acampó contra Jabes de Galaad; y todos los hombres de Jabes le dijeron: «Haz un pacto con nosotros y te serviremos».

² Nahas el amonita les respondió: «Lo haré con vosotros bajo esta condición: que os saque a todos el ojo derecho. Así traeré la deshonra sobre todo Israel».

³ Los ancianos de Jabes le dijeron: «Danos siete días para enviar mensajeros por todos los confines de Israel; si no hay nadie que nos salve, nos rendiremos ante ti».

⁴ Los mensajeros llegaron a Gabaa de Saúl y dieron la noticia al pueblo; entonces todo el pueblo alzó la voz y lloró.

⁵ En esto, Saúl venía del campo tras los bueyes y preguntó: «¿Qué le ocurre al pueblo para que lloren?». Ellos le contaron lo que habían dicho los hombres de Jabes.

⁶ El Espíritu de Dios se apoderó de Saúl al oír aquellas palabras, y su ira se encendió en gran manera.

⁷ Tomó una yunta de bueyes, los despedazó y los envió por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros, diciendo: «A quien no salga en pos de Saúl y de Samuel, esto mismo se le hará a sus bueyes». El temor del Señor cayó sobre el pueblo, y salieron como un solo hombre.

⁸ Saúl los contó en Bezec: había trescientos mil de los hijos de Israel y treinta mil hombres de Judá.

⁹ Dijeron a los mensajeros que habían venido: «Decid a los hombres de Jabes de Galaad: “Mañana, cuando el sol caliente, seréis rescatados”». Los mensajeros fueron y se lo contaron a los de Jabes, y ellos se alegraron.

¹⁰ Entonces los hombres de Jabes dijeron a Nahas: «Mañana saldremos ante vosotros, y haréis con nosotros lo que os parezca bien».

¹¹ Al día siguiente, Saúl dividió a la gente en tres compañías; entraron en medio del campamento durante la vigilia de la mañana y atacaron a los amonitas hasta el mediodía. Los sobrevivientes se dispersaron de tal modo que no quedaron dos juntos.

¹² El pueblo dijo a Samuel: «¿Quiénes son los que decían: “¿Ha de reinar Saúl sobre nosotros?”». Entregad a esos hombres para que los matemos».

¹³ Pero Saúl dijo: «No se matará a nadie hoy, porque hoy el Señor ha salvado a Israel».

¹⁴ Samuel dijo al pueblo: «¡Venid! Vayamos a

Gilgal y renovemos allí el reino».

¹⁵ Todo el pueblo fue a Gilgal y allí proclamaron rey a Saúl ante el Señor. Ofrecieron sacrificios de comunión ante el Señor; y Saúl y todos los hombres de Israel se alegraron mucho.

12

¹ Samuel dijo a todo Israel: «He aquí que he escuchado vuestra voz en todo lo que me habéis dicho, y he puesto un rey sobre vosotros.

² Ahora, el rey camina delante de vosotros. Yo soy viejo y canoso; mis hijos están entre vosotros. He caminado delante de vosotros desde mi juventud hasta hoy.

³ Aquí estoy. Atestiguad contra mí ante el Señor y ante su ungido. ¿A quién he quitado el buey? ¿A quién he quitado el asno? ¿A quién he defraudado? ¿A quién he oprimido? ¿De quién he aceptado soborno para cerrar los ojos? Os lo devolveré».

⁴ Respondieron: «No nos has defraudado, ni nos has oprimido, ni has tomado nada de nadie».

⁵ Él les dijo: «El Señor es testigo contra vosotros, y su ungido es testigo hoy, de que no habéis encontrado nada en mi mano». Dijeron: «Él es testigo».

⁶ Samuel dijo al pueblo: «Es el Señor quien designó a Moisés y a Aarón, y quien sacó a vuestros padres de la tierra de Egipto.

⁷ Ahora, pues, quedaos quietos, para que yo pueda alegar ante el Señor todos los actos de justicia que el Señor hizo con vosotros y con vuestros padres.

⁸ Cuando Jacob entró en Egipto y vuestros padres clamaron al Señor, él envió a Moisés y a Aarón, quienes los sacaron de Egipto y los hicieron habitar en este lugar.

⁹ Pero se olvidaron del Señor su Dios, y él los entregó en manos de Sísara, capitán del ejército de Jasar, en manos de los filisteos y del rey de Moab; y pelearon contra ellos.

¹⁰ Clamaron al Señor: “Hemos pecado, porque hemos abandonado al Señor y servido a los baales y a Astarté; líbranos ahora de nuestros enemigos y te serviremos”.

¹¹ El Señor envió a Jerobaal, a Bedán, a Jefté y a Samuel, y os libró de vuestros enemigos, y vivisteis seguros.

¹² Al ver que Nahas, rey de Amón, venía contra vosotros, me dijisteis: “No, un rey reinará sobre nosotros”, siendo el Señor vuestro Dios vuestro rey.

¹³ Aquí tenéis al rey que habéis elegido y pedido. El Señor ha puesto un rey sobre vosotros.

¹⁴ Si teméis al Señor, le servís y escucháis su voz, tanto vosotros como vuestro rey seguiréis al Señor vuestro Dios.

¹⁵ Pero si no escucháis al Señor y os rebeláis, la mano del Señor estará contra vosotros, como lo estuvo contra vuestros padres.

¹⁶ Ahora, quedaos quietos y ved esta gran cosa que el Señor va a hacer ante vuestros ojos.

¹⁷ ¿No es hoy la siega del trigo? Invocaré al Señor para que envíe truenos y lluvia; y sabréis que es grande la maldad que habéis hecho al

pedir un rey».

¹⁸ Samuel invocó al Señor, y el Señor envió truenos y lluvia aquel día. Todo el pueblo temió mucho al Señor y a Samuel.

¹⁹ Dijeron a Samuel: «Ruega por tus siervos al Señor tu Dios para que no muramos, pues hemos añadido este pecado de pedir un rey».

²⁰ Samuel dijo: «No temáis. Habéis hecho este mal, pero no os apartéis del Señor; servidle de todo corazón.

²¹ No os vayáis tras cosas vanas que no aprovechan ni liberan.

²² Pues el Señor no abandonará a su pueblo por causa de su gran nombre, porque le ha placido hacer de vosotros su pueblo.

²³ En cuanto a mí, lejos de mí pecar contra el Señor dejando de orar por vosotros; os instruiré en el camino bueno y recto.

²⁴ Temed al Señor y servidle de verdad con todo vuestro corazón; considerad las grandes cosas que ha hecho por vosotros.

²⁵ Pero si seguís haciendo el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey».

13

¹ Saúl tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó sobre Israel cuarenta y dos años.

² Saúl escogió para sí tres mil hombres de Israel; dos mil estaban con él en Micmas y en el monte de Betel, y mil estaban con Jonatán en Gabaa de Benjamín. Al resto del pueblo lo envió cada uno a su tienda.

³ Jonatán atacó la guarnición de los filisteos que estaba en Geba, y los filisteos lo supieron. Saúl hizo tocar la trompeta por todo el país, diciendo: «¡Oigan los hebreos!».

⁴ Todo Israel oyó decir: «Saúl ha atacado la guarnición de los filisteos, e Israel se ha hecho odioso a los filisteos». Y el pueblo se reunió tras Saúl en Gilgal.

⁵ Los filisteos se congregaron para luchar contra Israel: treinta mil carros, seis mil jinetes y gente numerosa como la arena a la orilla del mar. Subieron y acamparon en Micmas, al oriente de Bet Avén.

⁶ Cuando los hombres de Israel vieron que estaban en aprietos (pues el pueblo estaba angustiado), se escondieron en cuevas, matorrales, peñascos, fosas y cisternas.

⁷ Algunos hebreos cruzaron el Jordán hacia la tierra de Gad y de Galaad; pero Saúl seguía en Gilgal, y todo el pueblo le seguía temblando.

⁸ Saúl esperó siete días, el plazo fijado por Samuel; pero Samuel no llegaba a Gilgal, y el pueblo se le dispersaba.

⁹ Entonces Saúl dijo: «Traedme el holocausto y los sacrificios de comunión». Y ofreció el holocausto.

¹⁰ En cuanto terminó de ofrecer el holocausto, llegó Samuel; Saúl salió a su encuentro para saludarlo.

¹¹ Samuel le preguntó: «¿Qué has hecho?». Saúl respondió: «Vi que el pueblo se me dispersaba, que tú no venías en el plazo señalado y que los filisteos se concentraban en Micmas;

¹² y me dije: “Ahora los filisteos bajarán contra mí a Gilgal, y yo no he aplacado al Señor”. Así que me vi obligado a ofrecer el holocausto».

¹³ Samuel le dijo: «Has actuado neciamente. No has cumplido el mandamiento que el Señor tu Dios te ordenó; pues ahora el Señor habría confirmado tu reino sobre Israel para siempre.

¹⁴ Pero ahora tu reino no durará. El Señor se ha buscado un hombre según su propio corazón, y el Señor lo ha designado como jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que el Señor te mandó».

¹⁵ Samuel se levantó y subió de Gilgal a Gabaa de Benjamín. Saúl contó a la gente que estaba con él: unos seiscientos hombres.

¹⁶ Saúl, su hijo Jonatán y el pueblo que estaba con ellos se quedaron en Gabaa de Benjamín, mientras los filisteos acampaban en Micmas.

¹⁷ Del campamento filisteo salieron tres compañías de asalto: una por el camino de Ofra, hacia la tierra de Sual;

¹⁸ otra por el camino de Bet Horón, y la tercera por el camino de la frontera que mira al valle de Seboím, hacia el desierto.

¹⁹ No había ni un herrero en toda la tierra de Israel, porque los filisteos decían: «No sea que los hebreos fabriquen espadas o lanzas».

²⁰ Así que todos los israelitas tenían que bajar a los filisteos para afilar sus rejas de arado, sus azadones, hachas y hoces.

²¹ El precio era de un payim por afilar los azadones, las rejas, las horquillas y las hachas.

²² Sucedió que el día de la batalla nadie de la

tropa de Saúl y Jonatán tenía espada ni lanza en la mano; solo Saúl y su hijo Jonatán las tenían.

²³ Y una avanzada de los filisteos salió hacia el paso de Micmas.

14

¹ Sucedió un día que Jonatán hijo de Saúl dijo a su joven escudero: «Ven, pasemos a la guarnición de los filisteos que está al otro lado». Pero no se lo dijo a su padre.

² Saúl se encontraba en las afueras de Gabaa, bajo un granado en Migrón. Le acompañaban unos seiscientos hombres,

³ entre ellos Ahías hijo de Ahitub, que llevaba el efod. Nadie en el pueblo sabía que Jonatán se había marchado.

⁴ Para cruzar el desfiladero, Jonatán tenía que pasar entre dos peñascos llamados Bozez y Seneh.

⁵ Uno estaba al norte, frente a Micmas, y el otro al sur, frente a Geba.

⁶ Jonatán dijo a su escudero: «Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos. Quizá el Señor actúe a nuestro favor, pues para él no es difícil salvar, ya sea con muchos o con pocos».

⁷ El escudero le respondió: «Haz todo lo que tengas en tu corazón. Ve, que yo te sigo de corazón».

⁸ Jonatán dijo: «Vamos a acercarnos para que nos vean».

⁹ Si nos dicen: “Esperad allí hasta que lleguemos a vosotros”, nos detendremos.

¹⁰ Pero si dicen: “¡Subid acá!”, subiremos, porque esa será la señal de que el Señor los ha entregado en nuestras manos».

¹¹ Cuando los filisteos los vieron, exclamaron: «¡Mirad, los hebreos salen de las cuevas donde se habían escondido!».

¹² Los hombres de la guarnición gritaron a Jonatán: «¡Subid y os enseñaremos algo!». Jonatán dijo a su escudero: «Sube tras mí, porque el Señor los ha entregado en manos de Israel».

¹³ Jonatán subió trepando con pies y manos, seguido por su escudero. Jonatán derribaba a los filisteos y su escudero los remataba.

¹⁴ En aquel primer ataque mataron a unos veinte hombres en un espacio reducido.

¹⁵ El pánico se extendió por todo el campamento y el ejército filisteo. Incluso la tierra tembló; fue un terror enviado por Dios.

¹⁶ Los centinelas de Saúl vieron que el ejército enemigo se dispersaba por todas partes.

¹⁷ Entonces Saúl ordenó: «Pasad revista para ver quién falta». Y vieron que faltaban Jonatán y su escudero.

¹⁸ Saúl dijo a Ahías: «Trae el arca de Dios».

¹⁹ Mientras Saúl hablaba con el sacerdote, el tumulto en el campamento filisteo aumentaba tanto que Saúl dijo al sacerdote: «¡Retira tu mano!».

²⁰ Saúl y sus hombres se lanzaron a la batalla y encontraron a los filisteos matándose unos a otros en medio de una gran confusión.

²¹ Incluso los hebreos que antes estaban con los filisteos se pasaron al bando de Israel.

²² Los israelitas que se habían escondido en los montes de Efraín, al oír que los filisteos huían, también se unieron a la persecución.

²³ Así salvó el Señor a Israel aquel día.

²⁴ Pero los hombres de Israel estaban agotados, porque Saúl los había obligado a jurar: «Maldito el hombre que coma algo antes de la tarde, antes de que yo me haya vengado de mis enemigos».

²⁵ Todo el ejército entró en un bosque donde había panales de miel por el suelo.

²⁶ Al entrar, vieron que la miel escurría, pero nadie se atrevió a probarla por temor al juramento.

²⁷ Pero Jonatán, que no sabía nada del juramento que su padre había impuesto, alargó su vara, mojó la punta en un panal y comió. De inmediato se iluminaron sus ojos.

²⁸ Uno de los soldados le advirtió: «Tu padre ha puesto un juramento solemne: “Maldito el que coma hoy”». El pueblo desfallecía de hambre.

²⁹ Jonatán respondió: «Mi padre ha traído la desgracia al país. Mirad cómo se han iluminado mis ojos por probar un poco de miel.

³⁰ ¡Cuánto mejor habría sido que el pueblo comiera hoy del botín de sus enemigos!».

³¹ Aquel día derrotaron a los filisteos desde Micmas hasta Ajalón, pero terminaron exhaustos.

³² Por el hambre, el pueblo se lanzó sobre el botín y degolló ovejas y vacas, comiendo la carne con su sangre.

³³ Avisaron a Saúl: «El pueblo peca contra el

Señor comiendo carne con sangre». Él exclamó: «Habéis sido infieles; traedme ahora mismo una piedra grande».

³⁴ Luego ordenó: «Dispersaos por el campamento y decidles: “Que cada uno traiga su buey o su oveja, y matadlos aquí para comer. No pequéis contra el Señor comiendo carne con sangre”». Así lo hizo todo el pueblo aquella noche.

³⁵ Saúl construyó un altar al Señor; este fue el primer altar que él levantó.

³⁶ Después Saúl dijo: «Descendamos tras los filisteos esta misma noche para acabar con ellos antes del amanecer».

Los soldados respondieron: «Haz lo que te parezca bien».

Pero el sacerdote dijo: «Acerquémonos aquí a Dios».

³⁷ Saúl preguntó a Dios: «¿Debo perseguir a los filisteos? ¿Los entregarás en manos de Israel?». Pero Dios no le respondió aquel día.

³⁸ Entonces Saúl ordenó: «Acercaos aquí todos los jefes del pueblo. Investigad quién ha cometido hoy este pecado».

³⁹ ¡Vive el Señor, salvador de Israel!, que aunque el culpable sea mi hijo Jonatán, morirá sin falta». Pero nadie en el pueblo respondió nada.

⁴⁰ Saúl dijo a todo Israel: «Vosotros poneos de un lado, y mi hijo Jonatán y yo nos pondremos del otro».

El pueblo respondió: «Haz lo que te parezca bien».

⁴¹ Entonces Saúl oró: «Señor, Dios de Israel, muestra la verdad».

La suerte cayó sobre Jonatán y Saúl, y el pueblo quedó libre.

⁴² Saúl ordenó: «Echad suertes entre mi hijo y yo».

Y la suerte cayó sobre Jonatán.

⁴³ Saúl le preguntó: «¡Dime qué has hecho!».

Jonatán respondió: «Ciertamente probé un poco de miel con la punta de mi vara. Aquí estoy, listo para morir».

⁴⁴ Saúl declaró: «Que Dios me castigue si no mueres hoy mismo, Jonatán».

⁴⁵ Pero el pueblo dijo a Saúl: «¿Ha de morir Jonatán, que ha logrado esta gran victoria en Israel? ¡Ni hablar! ¡Vive el Señor!, que no caerá ni un cabello de su cabeza, porque hoy ha actuado con la ayuda de Dios». Así el pueblo rescató a Jonatán para que no muriera.

⁴⁶ Saúl dejó de perseguir a los filisteos, y ellos se retiraron a su propia tierra.

⁴⁷ Después de consolidar su reinado, Saúl luchó contra todos sus enemigos: Moab, Amón, Edom, Soba y los filisteos. A dondequiera que se dirigía, salía vencedor.

⁴⁸ Actuó con valentía al vencer a los amalecitas y librar a Israel de los saqueadores.

⁴⁹ Los hijos de Saúl eran Jonatán, Isví y Malquisúa. Sus dos hijas se llamaban Merab y Mical.

⁵⁰ Su esposa era Ahinoam, hija de Ahimaas. El jefe de su ejército era su primo Abner hijo de Ner.

⁵¹ Cis, el padre de Saúl, y Ner, el padre de Abner, eran hijos de Abiel.

⁵² Durante todo el reinado de Saúl hubo guerra encarnizada contra los filisteos. Por eso, cada vez que Saúl veía a un hombre fuerte o valiente, lo alistaba en su ejército.

15

¹ Samuel dijo a Saúl: «El Señor me envió para ungirte rey sobre su pueblo Israel; escucha, pues, la voz de las palabras del Señor.

² Así dice el Señor de los Ejércitos: “He decidido castigar lo que Amalec hizo a Israel, cerrándole el camino cuando subía de Egipto.

³ Ve ahora, ataca a Amalec y entrega al anatema todo lo que posee; no tengas compasión de él. Mata a hombres y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos”».

⁴ Saúl convocó al pueblo y les pasó revista en Telaim: doscientos mil hombres de a pie y diez mil hombres de Judá.

⁵ Llegó Saúl a la ciudad de Amalec y puso una emboscada en el valle.

⁶ Y dijo Saúl a los ceneos: «Idos, apartaos de entre los amalecitas, para que no os destruya con ellos; pues vosotros mostrasteis bondad a todos los hijos de Israel cuando subían de Egipto». Así los ceneos se apartaron de entre los amalecitas.

⁷ Saúl derrotó a los amalecitas desde Javilá hasta llegar a Sur, que está frente a Egipto.

⁸ Tomó vivo a Agag, rey de Amalec, pero pasó a degüello a todo el pueblo.

⁹ Sin embargo, Saúl y el pueblo perdonaron a Agag y a lo mejor de las ovejas y de las vacas, a los animales cebados, a los corderos y a todo lo bueno; no quisieron destruirlos, pero entregaron al exterminio todo lo que era vil y despreciable.

¹⁰ Entonces el Señor dirigió su palabra a Samuel:

¹¹ «Me pesa haber nombrado a Saúl como rey, porque se ha apartado de mí y no ha cumplido mis mandatos». Samuel se apesadumbró y clamó al Señor toda la noche.

¹² Se levantó Samuel de mañana para ir al encuentro de Saúl, y le dieron este aviso: «Saúl ha ido al Carmelo, y he aquí que se ha erigido un monumento; después se ha vuelto y ha bajado a Gilgal».

¹³ Llegó Samuel a donde estaba Saúl, y este le dijo: «¡Bendito seas del Señor! He cumplido la palabra del Señor».

¹⁴ Pero Samuel le preguntó: «¿Pues qué significa este balido de ovejas que llega a mis oídos y este mugido de vacas que oigo?».

¹⁵ Saúl respondió: «De los amalecitas los han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas para sacrificarlas al Señor vuestro Dios, pero lo demás lo hemos destruido por completo».

¹⁶ Entonces Samuel dijo a Saúl: «¡Basta! Te contaré lo que el Señor me dijo anoche». Él respondió: «Habla».

17 Samuel dijo: «Aunque te tenías por pequeño, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel? El Señor te ungió como rey de Israel,

18 y el Señor te envió en una misión diciendo: “Ve y entrega al exterminio a esos pecadores, los amalecitas, y combátelos hasta acabar con ellos”.

19 ¿Por qué, pues, no has escuchado la voz del Señor, sino que te has lanzado sobre el botín y has hecho lo malo a los ojos del Señor?».

20 Saúl insistió ante Samuel: «¡Pero si he escuchado la voz del Señor! He ido a la misión que el Señor me encomendó, he traído a Agag, rey de Amalec, y he aniquilado a los amalecitas.

21 Pero el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, lo mejor de lo que estaba destinado al exterminio, para sacrificarlo al Señor vuestro Dios en Gilgal».

22 Samuel respondió: «¿Le agradan al Señor los holocaustos y sacrificios tanto como la obediencia a su palabra? La obediencia es mejor que los sacrificios, y el acatamiento mejor que la grasa de los carneros.

23 Porque la rebeldía es como pecado de adivinación, y la obstinación como el crimen de la idolatría y los terafines.* Por cuanto has rechazado la palabra del Señor, él también te ha rechazado como rey».

24 Entonces Saúl dijo a Samuel: «He pecado; he transgredido el mandato del Señor y tus

* **15:23** Los terafines eran ídolos domésticos que podían estar asociados a los derechos de herencia de los bienes del hogar.

palabras, porque temí al pueblo y escuché su voz.

²⁵ Te ruego ahora que perdones mi pecado y vuelvas conmigo para que pueda adorar al Señor».

²⁶ Pero Samuel respondió a Saúl: «No volveré contigo; porque has rechazado la palabra del Señor, y el Señor te ha rechazado para que no seas rey sobre Israel».

²⁷ Al volverse Samuel para marcharse, Saúl se asió a la falda de su manto, y este se rasgó.

²⁸ Samuel le dijo: «El Señor ha rasgado hoy de ti el reino de Israel, y lo ha entregado a un prójimo tuyo mejor que tú.

²⁹ Además, el que es la Gloria de Israel no miente ni se arrepiente, porque no es hombre para arrepentirse».

³⁰ Saúl suplicó: «He pecado; pero te ruego que me honres ahora ante los ancianos de mi pueblo y ante Israel, y que vuelvas conmigo para adorar al Señor tu Dios».

³¹ Samuel volvió tras Saúl, y Saúl adoró al Señor.

³² Después dijo Samuel: «Traedme a Agag, rey de Amalec». Agag se acercó a él vacilante, diciendo: «Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte».

³³ Pero Samuel le dijo: «Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así tu madre se quedará sin hijos entre las mujeres». Y Samuel descuartizó a Agag ante el Señor en Gilgal.

³⁴ Después Samuel se fue a Ramá, y Saúl subió a su casa, en Gabaa de Saúl.

³⁵ Nunca más vio Samuel a Saúl hasta el día de su muerte; y Samuel lloraba por Saúl, porque al Señor le pesaba haber hecho a Saúl rey de Israel.

16

¹ El Señor dijo a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, habiéndolo rechazado yo para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y vete; te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí».

² Samuel respondió: «¿Cómo voy a ir? Si Saúl se entera, me matará».

El Señor le dijo: «Lleva contigo una novilla y di: “He venido a ofrecer un sacrificio al Señor”».

³ Invita a Jesé al sacrificio y yo te indicaré lo que has de hacer; me unguirás a aquel que yo te diga».

⁴ Samuel hizo lo que el Señor le había mandado y llegó a Belén. Los ancianos de la ciudad salieron a su encuentro temblando y le preguntaron: «¿Vienes en son de paz?».

⁵ Él respondió: «Sí, en paz. He venido a ofrecer un sacrificio al Señor. Santificaos y venid conmigo al sacrificio». Santificó a Jesé y a sus hijos, y los invitó al sacrificio.

⁶ Cuando llegaron, vio a Eliab y pensó: «Sin duda, el ungido del Señor está ante él».

⁷ Pero el Señor dijo a Samuel: «No mires a su apariencia ni a lo elevado de su estatura, porque yo lo he descartado; pues Dios no ve como ve el hombre; porque el hombre mira lo que está ante sus ojos, pero el Señor mira el corazón».

⁸ Jesé llamó a Abinadab y lo hizo pasar ante Samuel, el cual dijo: «Tampoco a este ha elegido el Señor».

⁹ Hizo pasar Jesé a Sama, y Samuel dijo: «Tampoco a este ha elegido el Señor».

¹⁰ Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo a Jesé: «El Señor no ha elegido a ninguno de estos».

¹¹ Entonces Samuel preguntó a Jesé: «¿Están aquí todos tus muchachos?».

Él respondió: «Queda aún el más joven, que está pastoreando las ovejas».

Samuel dijo a Jesé: «Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga».

¹² Mandó, pues, a buscarlo y lo hizo entrar. Era rubicundo, de bellos ojos y de hermosa presencia. Entonces el Señor dijo: «¡Levántate y úngelo, porque este es!».

¹³ Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y desde aquel día en adelante, el Espíritu del Señor vino con poder sobre David. Luego Samuel se levantó y regresó a Ramá.

¹⁴ El Espíritu del Señor se había apartado de Saúl, y un espíritu malo de parte del Señor lo atormentaba.

¹⁵ Los servidores de Saúl le dijeron: «Mira, un espíritu malo de parte de Dios te atormenta.

¹⁶ Diga, pues, nuestro señor a tus siervos que están en tu presencia, que busquen a un hombre que sepa tocar el arpa; para que cuando el

espíritu malo de parte de Dios esté sobre ti, él toque con su mano y te sientas mejor».

¹⁷ Saúl respondió a sus servidores: «Buscadme, pues, un hombre que sepa tocar bien y traédmelo».

¹⁸ Uno de los cortesanos respondió: «He visto a un hijo de Jesé, el de Belén, que sabe tocar bien; es valiente, hombre de guerra, prudente en sus palabras, de buena presencia, y el Señor está con él».

¹⁹ Entonces Saúl envió mensajeros a Jesé, diciendo: «Envíame a tu hijo David, el que está con el rebaño».

²⁰ Jesé tomó un asno cargado de pan, un odre de vino y un cabrito, y lo envió todo a Saúl por medio de su hijo David.

²¹ Llegó David a donde estaba Saúl y se puso a su servicio; Saúl le cobró mucho afecto y lo hizo su escudero.

²² Saúl mandó a decir a Jesé: «Te ruego que David se quede a mi servicio, pues ha hallado gracia a mis ojos».

²³ Y cuando el espíritu de parte de Dios asaltaba a Saúl, David tomaba el arpa y la tocaba con su mano; Saúl se aliviaba y se sentía mejor, y el espíritu malo se apartaba de él.

17

¹ Los filisteos reunieron sus ejércitos para la guerra, concentrándose en Soco, que pertenece a Judá, y acamparon entre Soco y Azeca, en Efes-damim.

² También Saúl y los hombres de Israel se reunieron y acamparon en el valle de Elá, y ordenaron la batalla frente a los filisteos.

³ Los filisteos estaban en un monte a un lado, e Israel estaba en el otro monte al otro lado; y el valle quedaba entre ellos.

⁴ Salió entonces del campamento de los filisteos un paladín llamado Goliat, de Gat, cuya estatura era de seis codos y un palmo.*

⁵ Traía un casco de bronce en su cabeza y vestía una cota de malla; el peso de la cota era de cinco mil siclos† de bronce.

⁶ Sobre sus piernas traía grebas de bronce, y una jabalina de bronce entre sus hombros.

⁷ El asta de su lanza era como un rodillo de tejedor, y la punta de su lanza pesaba seiscientos siclos de hierro.‡ Su escudero iba delante de él.

⁸ Se detuvo y gritó a las filas de Israel, diciéndoles: «¿Por qué habéis salido a ordenar vuestra batalla? ¿No soy yo el filisteo, y vosotros los siervos de Saúl? Escoged de entre vosotros a un hombre que venga contra mí.

⁹ Si él pudiere pelear conmigo y me matare, nosotros seremos vuestros siervos; pero si yo pudiere más que él y lo matare, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis».

* **17:4** Un codo es la longitud desde la punta del dedo corazón hasta el codo del brazo de un hombre, es decir, unas 18 pulgadas o 46 centímetros. Un palmo es la longitud desde la punta del pulgar hasta la punta del meñique con la mano extendida. Por lo tanto, Goliat medía aproximadamente 2,97 metros de altura. † **17:5** Un siclo equivale a unos 10 gramos, por lo que 5000 siclos equivalen a unos 50 kilogramos. ‡ **17:7** 600 siclos son unos 6 kilogramos.

¹⁰ Y añadió el filisteo: «¡Hoy yo he desafiado a las filas de Israel! Dadme un hombre para que peleemos juntos».

¹¹ Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo.

¹² David era hijo de aquel hombre efrateo de Belén de Judá, llamado Jesé, el cual tenía ocho hijos y era ya anciano en los días de Saúl.

¹³ Los tres hijos mayores de Jesé habían seguido a Saúl a la guerra; sus nombres eran Eliab, el primogénito, Abinadab el segundo y Samá el tercero.

¹⁴ David era el menor; y los tres mayores siguieron a Saúl.

¹⁵ Pero David iba y volvía de donde estaba Saúl para apacentar las ovejas de su padre en Belén.

¹⁶ Venía, pues, aquel filisteo por la mañana y por la tarde, y se presentó así durante cuarenta días.

¹⁷ Dijo Jesé a su hijo David: «Toma ahora para tus hermanos un efa[§] de este grano tostado y estos diez panes, y llévalo pronto al campamento a tus hermanos.

¹⁸ Llevarás también estos diez quesos al capitán de los mil; mira si tus hermanos están bien y trae alguna prenda de ellos».

¹⁹ Saúl, ellos y todos los varones de Israel estaban en el valle de Elá, combatiendo contra los filisteos.

²⁰ Se levantó David muy de mañana y, dejando las ovejas al cuidado de un guarda, se fue con su carga como Jesé le había mandado. Llegó al

§ 17:17 1 efa equivale a unos 22 litros.

campamento cuando el ejército salía en orden de batalla lanzando gritos de guerra.

²¹ Israel y los filisteos se pusieron en orden de batalla, ejército frente a ejército.

²² David dejó su carga en mano del que guardaba el bagaje y corrió a las filas; cuando llegó, preguntó por la salud de sus hermanos.

²³ Mientras él hablaba con ellos, aquel paladín que se llamaba Goliat, el filisteo de Gat, salió de las filas de los filisteos y repitió las mismas palabras; y David las oyó.

²⁴ Todos los varones de Israel, al ver a aquel hombre, huyeron de su presencia y tuvieron gran temor.

²⁵ Y decían los de Israel: «¿Habéis visto a aquel hombre que ha salido? Él sale para desafiar a Israel. Al que lo mate, el rey le enriquecerá con grandes riquezas, le dará su hija y eximirá de tributos a la casa de su padre en Israel».

²⁶ Entonces habló David a los que estaban junto a él: «¿Qué darán al hombre que matare a este filisteo y quitare el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este filisteo incircunciso para que desafíe a los escuadrones del Dios viviente?».

²⁷ El pueblo le respondió las mismas palabras, diciendo: «Así se hará al hombre que lo mate».

²⁸ Al oír Eliab, su hermano mayor, hablar a David con aquellos hombres, se encendió en ira contra él y le dijo: «¿Para qué has descendido tú acá? ¿Y con quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y

la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido».

²⁹ David respondió: «¿Qué he hecho yo ahora? ¿No es esto más que hablar?».

³⁰ Y apartándose de él hacia otro, preguntó lo mismo; y el pueblo le respondió como antes.

³¹ Fueron oídas las palabras que David había dicho y las refirieron delante de Saúl; y él lo hizo venir.

³² Dijo David a Saúl: «No desmaye el corazón de nadie a causa de él; tu siervo irá y peleará con este filisteo».

³³ Saúl dijo a David: «No podrás tú ir contra aquel filisteo para pelear con él; porque tú eres un muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud».

³⁴ David respondió a Saúl: «Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada,

³⁵ salía yo tras él, lo hería y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, le echaba mano de la quijada, lo hería y lo mataba.

³⁶ Fuese león o fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado a los escuadrones del Dios viviente».

³⁷ Añadió David: «El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de la mano de este filisteo».

Y Saúl dijo a David: «Ve, y el Señor sea contigo».

³⁸ Saúl vistió a David con sus propias ropas; puso sobre su cabeza un casco de bronce y le armó con una cota de malla.

³⁹ Ciñó David su espada sobre sus vestidos y probó a andar, porque no estaba acostumbrado. Y dijo David a Saúl: «Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué». Entonces David se quitó aquellas cosas.

⁴⁰ Tomó su cayado en su mano, escogió cinco piedras lisas del arroyo y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y con su honda en su mano se fue hacia el filisteo.

⁴¹ El filisteo venía andando y acercándose a David, y su escudero delante de él.

⁴² Cuando el filisteo miró y vio a David, le tuvo en poco; porque era muchacho, rubio y de hermoso parecer.

⁴³ Dijo el filisteo a David: «¿Soy yo un perro para que vengas a mí con palos?». Y maldijo a David por sus dioses.

⁴⁴ Dijo luego el filisteo a David: «Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo».

⁴⁵ Entonces dijo David al filisteo: «Tú vienes a mí con espada, lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre del Señor de los Ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado.

⁴⁶ El Señor te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré y te cortaré la cabeza; y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las fieras de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel.

⁴⁷ Y sabrá toda esta congregación que el Señor no salva con espada y lanza; porque del Señor es la batalla, y él os entregará en nuestras manos».

⁴⁸ Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro de David, David se dio prisa y corrió a la línea de batalla contra el filisteo.

⁴⁹ Metiendo David su mano en la bolsa, tomó de allí una piedra, la tiró con la honda e hirió al filisteo en la frente; la piedra quedó clavada en su frente, y cayó de bruces en tierra.

⁵⁰ Así venció David al filisteo con honda y piedra; e hirió al filisteo y lo mató, sin tener David espada en su mano.

⁵¹ Entonces corrió David y se puso sobre el filisteo; y tomando la espada de él y sacándola de su vaina, lo mató y le cortó con ella la cabeza.

Cuando los filisteos vieron muerto a su gigante, huyeron.

⁵² Levantándose entonces los varones de Israel y de Judá, lanzaron gritos de guerra y persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gai y hasta las puertas de Ecrón. Y cayeron los heridos de los filisteos por el camino de Saaraim hasta Gat y Ecrón.

⁵³ Volvieron luego los hijos de Israel de perseguir a los filisteos y saquearon su campamento.

⁵⁴ David tomó la cabeza del filisteo y la trajo a Jerusalén, pero puso las armas de él en su tienda.

⁵⁵ Cuando Saúl vio a David que salía a encontrarse con el filisteo, dijo a Abner capitán

del ejército: «Abner, ¿de quién es hijo este joven?».

Y Abner respondió: «Vive tu alma, oh rey, que no lo sé».

⁵⁶ El rey dijo: «Pregunta, pues, de quién es hijo ese muchacho».

⁵⁷ Y cuando David volvía de matar al filisteo, Abner lo tomó y lo llevó delante de Saúl, teniendo David la cabeza del filisteo en su mano.

⁵⁸ Saúl le preguntó: «¿De quién eres hijo, joven?».

Y David respondió: «Soy hijo de tu siervo Jesé, el de Belén».

18

¹ Cuando terminó de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se unió al alma de David, y Jonatán lo amó como a su propia alma.

² Aquel día Saúl lo tomó consigo y no lo dejó volver a casa de su padre.

³ Entonces Jonatán y David hicieron un pacto, porque él lo amaba como a su propia alma.

⁴ Jonatán se despojó de la túnica que llevaba puesta y se la dio a David, junto con sus ropas, incluyendo su espada, su arco y su talabarte.

⁵ David salía a dondequiera que Saúl lo enviaba y se comportaba con prudencia; por lo cual Saúl lo puso al frente de los hombres de guerra. Esto fue del agrado de todo el pueblo y también de los siervos de Saúl.

⁶ Cuando David regresaba de matar al filisteo, las mujeres salieron de todas las ciudades de Israel, cantando y bailando, para recibir al rey

Saúl con panderos, con cánticos de alegría y con instrumentos de música.

⁷ Las mujeres que danzaban cantaban unas a otras diciendo:

«Saúl mató a sus miles,
y David a sus diez miles».

⁸ Saúl se irritó mucho y este dicho le desagradó. Dijo: «A David le han atribuido diez miles, y a mí solo miles. ¿Qué más le falta sino el reino?».

⁹ Saúl miró con recelo a David desde aquel día en adelante.

¹⁰ Al día siguiente, un espíritu malo de parte de Dios se apoderó de Saúl, y este desvariaba en medio de la casa. David tocaba el arpa con su mano como cada día, y Saúl tenía su lanza en la mano;

¹¹ y Saúl arrojó la lanza diciendo: «¡Clavaré a David en la pared!». Pero David escapó de su presencia dos veces.

¹² Saúl tenía miedo de David, porque Yahvé estaba con él y se había apartado de Saúl.

¹³ Por tanto, Saúl lo alejó de su presencia y lo nombró jefe de mil; y él salía y entraba delante del pueblo.

¹⁴ David se conducía con sabiduría en todos sus asuntos, y el Señor estaba con él.

¹⁵ Viendo Saúl que David se portaba con tanta prudencia, le tenía miedo.

¹⁶ Pero todo Israel y Judá amaban a David, pues él salía y entraba delante de ellos.

¹⁷ Saúl dijo a David: «He aquí a Merab, mi hija mayor. Yo te la daré por mujer; solo séme hombre valiente y lucha en las batallas de

Yahvé». Pues Saúl pensaba: «No sea mi mano contra él, sino la mano de los filisteos».

¹⁸ David respondió a Saúl: «¿Quién soy yo, o qué es mi vida o la familia de mi padre en Israel, para que yo sea yerno del rey?».

¹⁹ Pero llegado el tiempo en que Merab, hija de Saúl, debía ser entregada a David, fue dada por mujer a Adriel el meholatita.

²⁰ Mical, la otra hija de Saúl, amaba a David; se lo contaron a Saúl y el asunto le pareció bien.

²¹ Saúl pensó: «Se la daré para que le sea por lazo y la mano de los filisteos sea contra él». Dijo, pues, Saúl a David por segunda vez: «Hoy serás mi yerno».

²² Saúl mandó a sus siervos: «Hablad con David en secreto y decidle: “Mira, el rey te estima y todos sus siervos te aman. Sé, pues, yerno del rey”».

²³ Los siervos de Saúl dijeron estas palabras a oídos de David. Pero David respondió: «¿Os parece poca cosa ser yerno del rey, siendo yo un hombre pobre y de humilde condición?».

²⁴ Los siervos de Saúl le informaron: «David ha hablado de esta manera».

²⁵ Saúl dijo: «Decid así a David: “El rey no desea dote alguna, sino cien prepucios de filisteos, para que el rey sea vengado de sus enemigos”». Pero Saúl pensaba hacer caer a David por mano de los filisteos.

²⁶ Cuando sus siervos comunicaron a David estas palabras, le pareció bien a David la condición de ser yerno del rey. Antes de que el plazo se cumpliera,

²⁷ se levantó David y partió con sus hombres; mató a doscientos hombres de los filisteos, trajo sus prepucios y los entregó todos al rey para poder ser su yerno. Entonces Saúl le dio a su hija Mical por mujer.

²⁸ Saúl vio y comprendió que el Señor estaba con David, y que Mical, su hija, lo amaba.

²⁹ Saúl tuvo aún más miedo de David; y Saúl fue enemigo de David todos sus días.

³⁰ Salieron a campaña los príncipes de los filisteos; y cada vez que salían, David se portaba con más sabiduría que todos los siervos de Saúl, de modo que su nombre se hizo muy célebre.

19

¹ Saúl habló con su hijo Jonatán y con todos sus siervos para que mataran a David. Pero Jonatán, hijo de Saúl, amaba mucho a David.

² Jonatán avisó a David diciendo: «Mi padre Saúl intenta matarte. Por tanto, guárdate mañana, retírate a un lugar oculto y escóndete.

³ Yo saldré y estaré al lado de mi padre en el campo donde tú estés, y hablaré de ti a mi padre; si veo algo, te lo haré saber».

⁴ Jonatán habló bien de David a Saúl, su padre, y le dijo: «No peque el rey contra su siervo David, porque él no ha cometido pecado contra ti, y porque sus obras han sido muy buenas para contigo;

⁵ pues él puso su vida en su mano e hirió al filisteo, y el Señor obró una gran victoria para todo Israel. Tú lo viste y te alegraste. ¿Por qué,

pues, vas a pecar contra sangre inocente, matando a David sin causa?».

⁶ Escuchó Saúl la voz de Jonatán y juró: «Vive el Señor que no morirá».

⁷ Jonatán llamó a David y le contó todas estas palabras. Entonces Jonatán llevó a David ante Saúl, y este estuvo en su presencia como antes.

⁸ Volvió a haber guerra; David salió y luchó contra los filisteos, y los batió con gran mortandad, de modo que huyeron ante él.

⁹ Pero un espíritu malo de parte del Señor vino sobre Saúl mientras estaba sentado en su casa con su lanza en la mano; y David tocaba el arpa.

¹⁰ Saúl intentó clavar a David en la pared con la lanza, pero él se apartó de la presencia de Saúl, el cual clavó la lanza en la pared. David huyó y escapó aquella noche.

¹¹ Saúl envió mensajeros a casa de David para vigilarlo y matarlo por la mañana. Mical, su mujer, avisó a David diciendo: «Si no salvas tu vida esta noche, mañana serás muerto».

¹² Mical descolgó a David por la ventana; él se fue, huyó y escapó.

¹³ Mical tomó el terafín* y lo puso en la cama, colocó una almohada de pelo de cabra a la cabecera y lo cubrió con la ropa.

¹⁴ Cuando Saúl envió mensajeros para prender a David, ella dijo: «Está enfermo».

* **19:13** Los terafines eran ídolos domésticos que podían estar asociados a los derechos de herencia de los bienes del hogar.

15 Volvió Saúl a enviar mensajeros para ver a David, diciendo: «Traédmelo en la cama para que lo mate».

16 Cuando los mensajeros entraron, he aquí que el terafín estaba en la cama, con la almohada de pelo de cabra a su cabecera.

17 Saúl dijo a Mical: «¿Por qué me has engañado así, dejando escapar a mi enemigo?».

Mical respondió a Saúl: «Él me dijo: “Déjame ir; si no, te mataré”».

18 Huyó, pues, David y escapó, y fue a ver a Samuel en Ramá, y le contó todo lo que Saúl le había hecho. Él y Samuel se fueron a vivir a Naiot.

19 Se dio aviso a Saúl, diciendo: «He aquí que David está en Naiot, en Ramá».

20 Saúl envió mensajeros para prender a David; y cuando vieron al grupo de los profetas profetizando, y a Samuel que estaba allí como jefe de ellos, el Espíritu de Dios vino sobre los mensajeros de Saúl, y ellos también profetizaron.

21 Cuando se lo informaron a Saúl, envió otros mensajeros, y ellos también profetizaron. Por tercera vez envió Saúl mensajeros, y estos también profetizaron.

22 Entonces él mismo fue a Ramá; al llegar al gran pozo que está en Secú, preguntó: «¿Dónde están Samuel y David?».

Alguien respondió: «Están en Naiot, en Ramá».

23 Fue hacia Naiot, en Ramá; y el Espíritu de Dios vino también sobre él, e iba profetizando hasta que llegó a Naiot en Ramá.

²⁴ Él también se despojó de sus vestidos y profetizó igualmente ante Samuel; y estuvo tendido desnudo todo aquel día y toda aquella noche. De aquí viene el dicho: «¿También Saúl entre los profetas?».

20

¹ David huyó de Naiot, en Ramá, y vino a decir a Jonatán: «¿Qué he hecho? ¿Cuál es mi maldad? ¿Cuál es mi pecado ante tu padre para que busque mi muerte?».

² Él le dijo: «Ni mucho menos; no morirás. He aquí que mi padre no hace nada, ni grande ni pequeño, sin revelármelo. ¿Por qué iba mi padre a ocultarme esto? No será así».

³ Además, David juró y dijo: «Tu padre sabe bien que he hallado gracia ante tus ojos, y dirá: “No lo sepa Jonatán, para que no se aflija”; pero en verdad, vive el Señor y vive tu alma, que solo hay un paso entre yo y la muerte».

⁴ Entonces Jonatán dijo a David: «Haré por ti todo lo que tu alma desee».

⁵ David dijo a Jonatán: «He aquí que mañana es luna nueva, y yo debería sentarme a la mesa con el rey; pero deja que me esconda en el campo hasta la tarde del tercer día».

⁶ Si tu padre me echa de menos, dile: “David me ha pedido encarecidamente permiso para ir a Belén, su ciudad, porque allí se celebra el sacrificio anual para toda la familia”.

⁷ Si él dice: “Está bien”, tu siervo tendrá paz; pero si se irrita, sabe que el mal ha sido decidido por él.

⁸ Trata, pues, con benevolencia a tu siervo, porque has hecho entrar a tu siervo en un pacto del Señor contigo; pero si hay maldad en mí, mátame tú mismo, pues ¿para qué habrías de llevarme ante tu padre?».

⁹ Jonatán dijo: «Lejos de ti tal cosa; pues si yo supiera que el mal ha sido determinado por mi padre para que venga sobre ti, ¿no te lo diría?».

¹⁰ Entonces David dijo a Jonatán: «¿Quién me avisará si tu padre te responde con aspereza?».

¹¹ Jonatán dijo a David: «¡Ven, salgamos al campo!». Y ambos salieron al campo.

¹² Jonatán dijo a David: «¡Por el Señor, Dios de Israel! Cuando haya sondeado a mi padre mañana a estas horas, o al tercer día, si veo que hay buena voluntad hacia David, ¿no enviaré entonces a decírtelo?»

¹³ Que el Señor haga así a Jonatán y aun más, si a mi padre le agrada haceros mal, si no os lo revelo y os envío para que vayáis en paz. Que el Señor esté contigo como ha estado con mi padre.

¹⁴ Y si yo aún vivo, me mostrarás la bondad del Señor, para que no muera;

¹⁵ y no apartarás tu bondad de mi casa para siempre, ni siquiera cuando el Señor haya borrado a cada uno de los enemigos de David de la faz de la tierra».

¹⁶ Así hizo Jonatán un pacto con la casa de David, diciendo: «El Señor lo requiera de mano de los enemigos de David».

¹⁷ Jonatán hizo que David jurase de nuevo, por el amor que le tenía, pues lo amaba como a su propia alma.

18 Entonces Jonatán le dijo: «Mañana es luna nueva, y se te echará de menos porque tu asiento estará vacío.

19 Cuando hayas esperado tres días, baja pronto al lugar donde te escondiste el día de la angustia, y quédate junto a la piedra de Ezel.

20 Yo lanzaré tres flechas hacia aquel lado, como si tirara al blanco.

21 Enviaré luego al muchacho diciendo: “Ve, busca las flechas”. Si digo al muchacho: “Mira, las flechas están más acá de ti; tómalas”, entonces ven, porque hay paz para ti y no hay peligro, vive el Señor.

22 Pero si digo al muchacho: “Mira, las flechas están más allá de ti”, entonces vete, porque el Señor te envía.

23 En cuanto al asunto del que tú y yo hemos hablado, he aquí que el Señor está entre tú y yo para siempre».

24 David, pues, se escondió en el campo. Cuando llegó la luna nueva, el rey se sentó a la mesa para comer.

25 El rey se sentó en su silla, como otras veces, en el asiento junto a la pared; Jonatán se puso en pie y Abner se sentó al lado de Saúl, pero el lugar de David estaba vacío.

26 Sin embargo, Saúl no dijo nada aquel día, pues pensaba: «Algo le habrá sucedido; no estará puro, seguramente no lo está».

27 Pero al día siguiente de la luna nueva, el segundo día, el lugar de David seguía vacío. Saúl preguntó a su hijo Jonatán: «¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Jesé ni ayer ni hoy?».

28 Jonatán respondió a Saúl: «David me pidió encarecidamente permiso para ir a Belén.

29 Me dijo: “Te ruego que me dejes ir, porque nuestra familia celebra un sacrificio en la ciudad, y mi hermano me ha mandado estar allí. Si he hallado gracia a tus ojos, deja que vaya a ver a mis hermanos”. Por eso no ha venido a la mesa del rey».

30 Entonces se encendió la ira de Saúl contra Jonatán, y le dijo: «¡Hijo de una perversa y rebelde! ¿Acaso no sé yo que has elegido al hijo de Jesé para vergüenza tuya y para vergüenza de la desnudez de tu madre?

31 Porque mientras el hijo de Jesé viva sobre la tierra, ni tú ni tu reino estaréis seguros. Por tanto, envía ahora y tráemelo, porque es reo de muerte».

32 Jonatán respondió a su padre Saúl: «¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?».

33 Entonces Saúl le arrojó su lanza para herirlo. Con esto Jonatán comprendió que su padre estaba decidido a matar a David.

34 Jonatán se levantó de la mesa con gran indignación y no comió nada el segundo día del mes; pues estaba afligido por causa de David, porque su padre le había ultrajado.

35 A la mañana siguiente, salió Jonatán al campo, a la hora señalada con David, acompañado de un muchacho.

36 Dijo al muchacho: «Corre, busca las flechas que yo tire». Y mientras el muchacho corría, él tiró una flecha que pasó más allá de él.

³⁷ Cuando el muchacho llegó al lugar donde estaba la flecha que Jonatán había tirado, Jonatán gritó tras el muchacho: «¿No está la flecha más allá de ti?».

³⁸ Y volvió a gritar tras el muchacho: «¡Date prisa, corre, no te detengas!». El muchacho de Jonatán recogió las flechas y volvió a su señor.

³⁹ Pero el muchacho no sabía nada; solo Jonatán y David conocían el asunto.

⁴⁰ Jonatán dio sus armas a su muchacho y le dijo: «Ve y llévalas a la ciudad».

⁴¹ En cuanto el muchacho se fue, David se levantó del lado del sur, se postró en tierra e hizo tres reverencias; se besaron el uno al otro y lloraron juntos, aunque David lloró más.

⁴² Jonatán dijo a David: «Vete en paz, porque ambos hemos jurado en el nombre del Señor, diciendo: “El Señor esté entre tú y yo, entre mi descendencia y tu descendencia, para siempre”». Él se levantó y partió, y Jonatán regresó a la ciudad.

21

¹ David fue a Nob, al sacerdote Ahimelec; y Ahimelec salió a recibir a David, temblando, y le dijo: «¿Cómo es que vienes solo y nadie contigo?».

² David respondió al sacerdote Ahimelec: «El rey me ha encomendado un asunto y me ha dicho: “Que nadie sepa nada del asunto a que te envió, ni de lo que te he mandado”. Yo he citado a los jóvenes en tal y tal lugar.

³ Ahora, pues, ¿qué tienes a mano? Dame cinco panes, o lo que se halle».

⁴ El sacerdote respondió a David: «No tengo pan común a mano, solo hay pan sagrado; con tal de que los jóvenes se hayan guardado de mujeres».

⁵ David respondió al sacerdote: «A la verdad las mujeres han estado alejadas de nosotros desde hace tres días; cuando salí, los cuerpos de los jóvenes eran santos, aunque el viaje era ordinario. ¿Cuánto más no serán santos hoy sus cuerpos?».

⁶ Así el sacerdote le dio el pan sagrado, porque allí no había otro pan que los panes de la proposición, los cuales habían sido retirados de la presencia del Señor para poner panes calientes el día en que aquellos eran quitados.

⁷ Estaba allí aquel día detenido ante el Señor uno de los siervos de Saúl, cuyo nombre era Doeg, el edomita, el principal de los pastores de Saúl.

⁸ David dijo a Ahimelec: «¿No tienes aquí a mano lanza o espada? Pues no tomé mi espada ni mis armas, porque el asunto del rey requería premura».

⁹ El sacerdote respondió: «La espada de Goliat el filisteo, al que tú mataste en el valle de Elá, está aquí envuelta en un velo detrás del efod; si quieres tomarla, tómala, porque aquí no hay otra sino esa». David dijo: «No hay otra como ella; dámela».

¹⁰ Aquel día David se levantó y huyó de la presencia de Saúl, y se fue a Aquis, rey de Gat.

¹¹ Los siervos de Aquis le dijeron: «¿No es este David, el rey de la tierra? ¿No es este de quien cantaban en las danzas, diciendo: “Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles”?».

¹² David puso estas palabras en su corazón y tuvo gran temor de Aquis, rey de Gat.

¹³ Por lo cual cambió su manera de comportarse delante de ellos, y fingió estar loco entre sus manos, y escribía garabatos en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba.

¹⁴ Dijo entonces Aquis a sus siervos: «Mirad, veis que este hombre es un loco; ¿por qué me lo habéis traído?»

¹⁵ ¿Acaso me faltan locos, para que hayáis traído a este a que hiciese locuras delante de mí? ¿Había de entrar este en mi casa?».

22

¹ David se fue de allí y se refugió en la cueva de Adulam. Cuando lo supieron sus hermanos y toda la casa de su padre, bajaron allí a reunirse con él.

² También se le unieron todos los que se hallaban en aprietos, todos los que estaban endeudados y todos los que se sentían descontentos, y él llegó a ser el jefe de ellos. Había con él unos cuatrocientos hombres.

³ De allí David se fue a Mizpa de Moab, y dijo al rey de Moab: «Te ruego que dejes que mi padre y mi madre se queden con vosotros hasta que sepa lo que Dios hará conmigo».

⁴ Los llevó ante el rey de Moab, y vivieron con él todo el tiempo que David estuvo en la fortaleza.

⁵ Pero el profeta Gad dijo a David: «No te quedes en la fortaleza; vete y entra en la tierra de Judá».

Entonces David partió y llegó al bosque de Heret.

⁶ Saúl se enteró de que David y los hombres que le acompañaban habían sido descubiertos. Saúl estaba sentado en Gabaa, bajo el tamarisco de Ramá, con su lanza en la mano y todos sus siervos a su alrededor.

⁷ Saúl dijo a sus siervos que le rodeaban: «¡Oíd ahora, benjamitas! ¿Acaso el hijo de Jesé os dará a todos vosotros campos y viñas? ¿Os nombrará a todos jefes de mil y jefes de cien?»

⁸ ¿Es por eso por lo que todos vosotros habéis conspirado contra mí, y no hay nadie que me lo revele cuando mi hijo hace un pacto con el hijo de Jesé? ¿No hay ninguno de vosotros que se apiade de mí o que me revele que mi hijo ha instigado a mi siervo contra mí, para que me aceche, como sucede hoy?».

⁹ Entonces Doeg el edomita, que estaba entre los siervos de Saúl, respondió: «Yo vi al hijo de Jesé llegar a Nob, a donde estaba Ahimelec hijo de Ahitub.

¹⁰ Este consultó al Señor por él, le dio provisiones y le entregó la espada de Goliat el filisteo».

¹¹ El rey mandó llamar al sacerdote Ahimelec hijo de Ahitub y a toda la casa de su padre, los

sacerdotes que estaban en Nob; y todos ellos se presentaron ante el rey.

¹² Saúl le dijo: «Escucha ahora, hijo de Ahitub».

Él respondió: «Aquí estoy, señor mío».

¹³ Saúl le preguntó: «¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Jesé, dándole pan y espada y consultando a Dios por él, para que se levante contra mí y me aceche, como hace hoy?».

¹⁴ Ahimelec respondió al rey: «¿Quién entre todos tus siervos es tan fiel como David, yerno del rey, jefe de tu guardia y honrado en tu casa?»

¹⁵ ¿Acaso he comenzado hoy a consultar a Dios por él? ¡Lejos de mí tal cosa! No culpe el rey de nada a su siervo ni a toda la casa de mi padre, porque tu siervo no sabía nada de este asunto, ni poco ni mucho».

¹⁶ Pero el rey dijo: «Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre».

¹⁷ El rey ordenó a la guardia que le rodeaba: «Volveos y matad a los sacerdotes del Señor, porque ellos también están de parte de David; sabían que huía y no me lo revelaron». Pero los siervos del rey no quisieron alzar su mano contra los sacerdotes del Señor.

¹⁸ Entonces el rey dijo a Doeg: «¡Ponte tú y ataca a los sacerdotes!».

Doeg el edomita se lanzó y atacó a los sacerdotes, y aquel día mató a ochenta y cinco hombres que vestían efod de lino.

¹⁹ Y a Nob, la ciudad de los sacerdotes, la pasó a cuchillo: hombres y mujeres, niños y lactantes,

bueyes, asnos y ovejas; a todos los mató a filo de espada.

²⁰ Pero uno de los hijos de Ahimelec hijo de Ahitub, llamado Abiatar, escapó y huyó tras David.

²¹ Abiatar informó a David de que Saúl había matado a los sacerdotes del Señor.

²² David dijo a Abiatar: «Aquel día, cuando Doeg el edomita estaba allí, yo sabía que sin duda se lo contaría a Saúl. Yo soy responsable de la muerte de todas las personas de la casa de tu padre.

²³ Quédate conmigo y no temas; el que busca mi vida busca también la tuya, pero conmigo estarás a salvo».

23

¹ Avisaron a David diciendo: «He aquí que los filisteos combaten contra Keila y roban las eras».

² Por tanto, David consultó al Señor, diciendo: «¿Debo ir a atacar a estos filisteos?».

El Señor dijo a David: «Ve, ataca a los filisteos y salva a Keila».

³ Pero los hombres de David le dijeron: «He aquí que tenemos miedo aquí en Judá; ¿cuánto más si vamos a Keila contra los ejércitos de los filisteos?».

⁴ Entonces David volvió a consultar al Señor. El Señor le respondió y dijo: «Levántate, desciende a Keila, porque yo entregaré a los filisteos en tu mano».

⁵ Fue, pues, David con sus hombres a Keila y luchó contra los filisteos, se llevó su ganado y les

causó una gran mortandad. Así salvó David a los habitantes de Keila.

⁶ Sucedió que cuando Abiatar hijo de Ahimelec huyó tras David a Keila, descendió con el efod en su mano.

⁷ Se dio aviso a Saúl de que David había venido a Keila. Entonces dijo Saúl: «Dios lo ha entregado en mi mano, pues se ha encerrado al entrar en una ciudad que tiene puertas y cerrojos».

⁸ Saúl convocó a todo el pueblo a la guerra para descender a Keila y sitiar a David y a sus hombres.

⁹ Mas sabiendo David que Saúl tramaba el mal contra él, dijo al sacerdote Abiatar: «Trae acá el efod».

¹⁰ Y dijo David: «Oh Señor, Dios de Israel, tu siervo ha oído ciertamente que Saúl intenta venir a Keila para destruir la ciudad por causa mía.

¹¹ ¿Me entregarán los vecinos de Keila en sus manos? ¿Descenderá Saúl, como ha oído tu siervo? Oh Señor, Dios de Israel, te ruego que se lo digas a tu siervo».

El Señor respondió: «Descenderá».

¹² Dijo entonces David: «¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí y a mis hombres en manos de Saúl?».

Y el Señor respondió: «Os entregarán».

¹³ David entonces se levantó con sus hombres, que eran unos seiscientos, y salieron de Keila y anduvieron de un lugar a otro. Cuando se avisó a Saúl que David había escapado de Keila, desistió de su expedición.

14 David se quedó en el desierto, en parajes fuertes, y habitó en un monte en el desierto de Zif. Saúl lo buscaba todos los días, pero Dios no lo entregó en sus manos.

15 Viendo, pues, David que Saúl había salido para buscar su vida, se mantuvo en el desierto de Zif, en un bosque.

16 Entonces Jonatán hijo de Saúl se levantó y fue a David al bosque, y fortaleció su mano en Dios.

17 Y le dijo: «No temas, porque no te hallará la mano de mi padre Saúl; tú reinarás sobre Israel y yo seré el segundo después de ti; y aun mi padre Saúl así lo sabe».

18 Ambos hicieron un pacto delante del Señor; David se quedó en el bosque y Jonatán se volvió a su casa.

19 Subieron entonces los de Zif para decir a Saúl en Gabaa: «¿No está David escondido entre nosotros en las fortalezas del bosque, en el collado de Haquila, que está al sur del desierto?»

20 Por tanto, oh rey, desciende ahora conforme a todo el deseo de tu alma, y nuestra parte será entregarlo en mano del rey».

21 Saúl dijo: «Benditos seáis vosotros del Señor, porque habéis tenido compasión de mí.

22 Id, pues, os ruego, aseguraos más, conoced y ved el lugar donde esté su escondite y quién lo haya visto allí; porque se me ha dicho que es muy astuto.

23 Observad y conoced todos los escondrijos donde se oculta, y volved a mí con información segura, y yo iré con vosotros. Si él está en la

tierra, yo lo buscaré entre todos los millares de Judá».

²⁴ Ellos se levantaron y se fueron a Zif delante de Saúl. Pero David y sus hombres estaban en el desierto de Maón, en el Arabá, al sur del desierto.

²⁵ Saúl y sus hombres fueron a buscarlo; y avisaron a David, el cual descendió a la peña y se quedó en el desierto de Maón. Cuando Saúl lo oyó, persiguió a David en el desierto de Maón.

²⁶ Saúl iba por un lado del monte, y David con sus hombres por el otro lado del monte. David se apresuraba para huir de Saúl, pues Saúl y sus hombres habían rodeado a David y a los suyos para prenderlos.

²⁷ Entonces llegó un mensajero a Saúl, diciendo: «¡Ven pronto, que los filisteos han invadido el país!».

²⁸ Saúl desistió de perseguir a David y partió contra los filisteos. Por esta causa llamaron a aquel lugar Sela-hamaiecot.*

²⁹ David subió de allí y habitó en los parajes fuertes de En-gadi.

24

¹ Cuando Saúl volvió de perseguir a los filisteos, le dieron aviso diciendo: «He aquí que David está en el desierto de En-gadi».

² Entonces Saúl tomó a tres mil hombres escogidos de todo Israel y fue en busca de David

* **23:28** “Sela Hammahlekoth” significa “roca de separación”.

y de sus hombres por las cumbres de los peñascos de las cabras monteses.

³ Llegó a unos rediles de ovejas junto al camino, donde había una cueva; y entró Saúl en ella para cubrir sus pies. David y sus hombres estaban escondidos en lo más recóndito de la cueva.

⁴ Entonces los hombres de David le dijeron: «He aquí el día del que el Señor te dijo: “He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él como te parezca”». David se levantó y cortó secretamente el borde del manto de Saúl.

⁵ Después de esto, el corazón de David le golpeaba por haber cortado el faldón del manto de Saúl.

⁶ Y dijo a sus hombres: «El Señor me libre de hacer tal cosa a mi señor, el ungido del Señor; que extienda yo mi mano contra él, porque es el ungido del Señor».

⁷ Así reprimió David a sus hombres con estas palabras y no les permitió levantarse contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino.

⁸ También David se levantó después, salió de la cueva y gritó tras Saúl, diciendo: «¡Mi señor el rey!».

Cuando Saúl miró hacia atrás, David se inclinó rostro en tierra e hizo una gran reverencia.

⁹ David dijo a Saúl: «¿Por qué escuchas las palabras de los hombres que dicen: “Mira que David busca tu mal”?»

¹⁰ He aquí que tus ojos han visto hoy cómo el Señor te ha entregado en mi mano en la cueva. Algunos me dijeron que te matase, pero te

perdoné, pues dije: “No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido del Señor”.

¹¹ Mira, pues, padre mío, mira el borde de tu manto en mi mano; porque en que yo corté el faldón de tu manto y no te maté, reconoce y ve que no hay maldad ni traición en mi mano. No he pecado contra ti, aunque tú andes acechando mi vida para quitármela.

¹² Juzgue el Señor entre tú y yo, y véngueme el Señor de ti; pero mi mano no será contra ti.

¹³ Como dice el proverbio de los antiguos: “De los malos sale la maldad”; por eso mi mano no será contra ti.

¹⁴ ¿Tras quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga?

¹⁵ El Señor, pues, será juez, y él juzgará entre tú y yo; él vea y defienda mi causa, y me libre de tu mano».

¹⁶ Cuando David terminó de decir estas palabras a Saúl, este dijo: «¿Es esta tu voz, hijo mío David?». Y Saúl alzó su voz y lloró.

¹⁷ Dijo a David: «Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal.

¹⁸ Tú has demostrado hoy que has hecho conmigo bien; pues habiéndome entregado el Señor en tu mano, no me has matado.

¹⁹ Porque, si uno halla a su enemigo, ¿lo dejará ir sano y salvo? El Señor te recompense con bien por lo que hoy has hecho conmigo.

²⁰ Y ahora, he aquí, yo sé que tú has de reinar, y que el reino de Israel ha de ser confirmado en tu mano.

²¹ Júrame, pues, ahora por el Señor, que no exterminarás mi descendencia después de mí, ni borrarás mi nombre de la casa de mi padre».

²² David lo juró a Saúl. Y se fue Saúl a su casa, y David y sus hombres subieron a la fortaleza.

25

¹ Murió Samuel, y todo Israel se reunió para llorarlo y lo enterraron en su casa, en Ramá.

Después David se levantó y descendió al desierto de Parán.

² Había en Maón un hombre que tenía sus posesiones en el Carmelo; el hombre era muy rico. Tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba esquilando sus ovejas en el Carmelo.

³ El hombre se llamaba Nabal, y su mujer, Abigail. Ella era una mujer inteligente y hermosa, pero el hombre era huraño y de malas acciones. Era de la casa de Caleb.

⁴ David oyó en el desierto que Nabal estaba esquilando sus ovejas.

⁵ Envió David a diez jóvenes y les dijo: «Subid al Carmelo, id a Nabal y saludadle en mi nombre.

⁶ Decidle: «¡Paz a ti, paz a tu casa y paz a todo lo que tienes!

⁷ He oído que tienes esquiladores. Tus pastores han estado con nosotros y no les hemos hecho ningún daño; nada les faltó en todo el tiempo que estuvieron en el Carmelo.

⁸ Pregunta a tus criados y ellos te lo dirán. Hallen, pues, estos jóvenes gracia a tus ojos, porque venimos en buen día; te ruego que des lo

que tengas a mano a tus siervos y a tu hijo David”».

⁹ Cuando llegaron los jóvenes de David, repitieron a Nabal todas estas palabras en nombre de David, y esperaron.

¹⁰ Nabal respondió a los siervos de David: «¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Jesé? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores.

¹¹ ¿He de tomar ahora mi pan, mi agua y la carne que he preparado para mis esquiladores, para dárselos a hombres que no sé de dónde vienen?».

¹² Los jóvenes de David se volvieron por su camino y, al llegar, le contaron todas estas palabras.

¹³ David dijo a sus hombres: «¡Cíñase cada uno su espada!».

Cada uno se ciñó su espada; también David se ciñó la suya. Subieron tras David unos cuatrocientos hombres, y doscientos se quedaron con el bagaje.

¹⁴ Pero uno de los criados avisó a Abigail, mujer de Nabal: «Mira que David envió mensajeros desde el desierto para saludar a nuestro amo, y él los ha insultado.

¹⁵ Sin embargo, esos hombres se han portado muy bien con nosotros; nunca nos hicieron daño ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos por el campo.

¹⁶ Han sido para nosotros como un muro, de noche y de día, todo el tiempo que estuvimos con ellos cuidando las ovejas.

¹⁷ Ahora, pues, sabed y considerad lo que vais a hacer, porque el mal está decidido contra nuestro amo y contra toda su casa; pues él es un hombre tan perverso que nadie puede hablarle».

¹⁸ Entonces Abigail tomó a toda prisa doscientos panes, dos odres de vino, cinco ovejas ya preparadas, cinco seahs* de grano tostado, cien racimos de pasas y doscientos panes de higos secos, y lo cargó todo en asnos.

¹⁹ Dijo a sus criados: «Id delante de mí; mirad que yo voy detrás de vosotros». Pero no dijo nada a su marido Nabal.

²⁰ Mientras ella, montada en su asno, bajaba por una parte oculta del monte, David y sus hombres venían bajando a su encuentro, y ella se topó con ellos.

²¹ David había dicho: «Ciertamente en vano he guardado todo lo que este tiene en el desierto, sin que nada le faltase de cuanto le pertenecía; él me ha devuelto mal por bien.

²² Así haga Dios a los enemigos de David y aun añada, si de aquí a la mañana dejo con vida a uno solo de sus varones».

²³ Cuando Abigail vio a David, se apeó rápidamente del asno y, postrándose ante David, se inclinó rostro en tierra.

²⁴ Se echó a sus pies y dijo: «¡Señor mío, caiga sobre mí la culpa! Te ruego que dejes hablar a tu sierva a tus oídos, y escucha las palabras de tu sierva.

²⁵ No haga caso mi señor de ese hombre perverso, de Nabal; porque conforme a su

* **25:18** 1 seah equivale a unos 7 litros.

nombre, así es él. Nabal se llama, y la insensatez está con él. Yo, tu sierva, no vi a los jóvenes que tú, mi señor, enviaste.

²⁶ Ahora pues, señor mío, vive el Señor y vive tu alma, que el Señor te ha impedido derramar sangre y vengarte por tu propia mano. Sean, pues, como Nabal tus enemigos y todos los que buscan el mal contra mi señor.

²⁷ Y ahora este presente que tu sierva ha traído a mi señor, sea dado a los jóvenes que siguen a mi señor.

²⁸ Te ruego que perdones la ofensa de tu sierva; pues el Señor ciertamente dará a mi señor una casa estable, por cuanto mi señor pelea las batallas del Señor, y no se hallará mal en ti en todos tus días.

²⁹ Aunque alguien se levante para perseguirte y buscar tu vida, el alma de mi señor estará ligada en el haz de los que viven junto al Señor tu Dios; pero él arrojará el alma de tus enemigos como con la honda.

³⁰ Y cuando el Señor haya hecho con mi señor conforme a todo el bien que ha dicho de ti, y te haya puesto por caudillo sobre Israel,

³¹ no sea esto motivo de remordimiento ni de cargo de conciencia a mi señor, el haber derramado sangre sin causa, o el haberse vengado mi señor por sí mismo. Y cuando el Señor haga bien a mi señor, acuérdate de tu sierva».

³² David dijo a Abigail: «¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que te envió hoy a mi encuentro!

³³ Bendito sea tu consejo, y bendita seas tú,

que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre y de vengarme por mi propia mano.

³⁴ Porque vive el Señor, Dios de Israel, que me ha impedido hacerte mal, que si no te hubieras apresurado a venir a mi encuentro, de aquí al amanecer no le habría quedado a Nabal ni un solo varón».

³⁵ David recibió de su mano lo que le había traído y le dijo: «Sube en paz a tu casa; mira que he escuchado tu razón y te he concedido lo que me pides».

³⁶ Abigail volvió a Nabal, y he aquí que él tenía banquete en su casa como banquete de rey; el corazón de Nabal estaba alegre y él estaba completamente borracho, por lo que ella no le declaró nada hasta el día siguiente.

³⁷ Pero por la mañana, cuando a Nabal se le habían pasado los efectos del vino, su mujer le contó estas cosas; y su corazón desfalleció en él, y se quedó como una piedra.

³⁸ Diez días después, el Señor hirió a Nabal, y murió.

³⁹ Cuando David oyó que Nabal había muerto, dijo: «Bendito sea el Señor, que juzgó la causa de mi afrenta recibida de mano de Nabal, y ha preservado del mal a su siervo; y el Señor ha devuelto la maldad de Nabal sobre su propia cabeza».

Después David envió a hablar con Abigail para tomarla por mujer.

⁴⁰ Los siervos de David fueron a Abigail al Carmelo y le hablaron diciendo: «David nos ha enviado a ti para tomarte por mujer».

⁴¹ Ella se levantó y se inclinó rostro en tierra, diciendo: «He aquí tu sierva, para que sea una sierva que lave los pies de los siervos de mi señor».

⁴² Se levantó Abigail a toda prisa y, montando en un asno con sus cinco criadas que la seguían, fue tras los mensajeros de David y fue su mujer.

⁴³ También tomó David a Ahinoam de Jezreel, y ambas fueron sus mujeres.

⁴⁴ Pues Saúl había dado a su hija Mical, mujer de David, a Palti hijo de Lais, que era de Galim.

26

¹ Vinieron los zifitas a Gabaa para decir a Saúl: «¿No está David escondido en el collado de Haquila, frente al desierto?».

² Saúl se levantó entonces y descendió al desierto de Zif, llevando consigo a tres mil hombres escogidos de Israel, para buscar a David en el desierto de Zif.

³ Acampó Saúl en el collado de Haquila, que está frente al desierto, junto al camino. Pero David, que habitaba en el desierto, se dio cuenta de que Saúl iba tras él.

⁴ David, pues, envió espías y supo con certeza que Saúl había llegado.

⁵ Se levantó David y fue al lugar donde Saúl había acampado; y vio David el sitio donde dormía Saúl con Abner hijo de Ner, general de su ejército. Saúl estaba acostado en el centro del campamento, y el pueblo estaba acampado a su alrededor.

⁶ Entonces David habló a Ahimelec hitita y a Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, diciendo: «¿Quién descenderá conmigo al campamento de Saúl?».

Respondieron: «Yo descenderé con vosotros».

⁷ David, pues, y Abisai fueron al ejército de noche; y he aquí que Saúl estaba tendido durmiendo en el centro del campamento, con su lanza clavada en tierra a su cabecera; Abner y el ejército estaban tendidos a su alrededor.

⁸ Entonces dijo Abisai a David: «Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano. Ahora, pues, déjame que lo enclave en tierra con su lanza de un solo golpe, y no hará falta un segundo».

⁹ Pero David respondió a Abisai: «No lo mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido del Señor y será inocente?».

¹⁰ Dijo además David: «Vive el Señor, que si el Señor no lo hiriere, o su día llegare para que muera, o descendiendo en batalla perezca,

¹¹ guárdeme el Señor de extender mi mano contra el ungido del Señor. Pero toma ahora la lanza que está a su cabecera y la jarra de agua, y vámonos».

¹² Tomó, pues, David la lanza y la jarra de agua de la cabecera de Saúl, y se fueron. No hubo nadie que lo viese, ni se diese cuenta, ni despertase, pues todos dormían; porque un profundo sueño enviado por el Señor había caído sobre ellos.

13 Entonces David pasó al otro lado y se puso en la cumbre del monte, a lo lejos, quedando un gran espacio entre ellos;

14 y gritó David al pueblo y a Abner hijo de Ner, diciendo: «¿No respondes, Abner?».

Entonces Abner respondió diciendo: «¿Quién eres tú que gritas al rey?».

15 Y dijo David a Abner: «¿No eres tú un hombre? ¿Y quién hay como tú en Israel? ¿Por qué, pues, no has guardado al rey tu señor? Porque uno del pueblo ha entrado para matar a tu señor el rey.

16 Esto que has hecho no está bien. ¡Vive el Señor!, que sois dignos de muerte, porque no habéis guardado a vuestro señor, al ungido del Señor. Mira ahora dónde está la lanza del rey y la jarra de agua que estaba a su cabecera».

17 Saúl reconoció la voz de David y dijo: «¿Es esta tu voz, hijo mío David?».

David respondió: «Mi voz es, rey señor mío».

18 Y dijo: «¿Por qué persigue así mi señor a su siervo? ¿Qué he hecho? ¿Qué mal hay en mi mano?

19 Ruego, pues, ahora que mi señor el rey escuche las palabras de su siervo. Si el Señor te incita contra mí, acepte él un sacrificio; pero si son hombres, malditos sean ellos en presencia del Señor, porque me han arrojado hoy para que no tenga parte en la heredad del Señor, diciéndome: “Ve, sirve a dioses ajenos”.

20 No caiga, pues, ahora mi sangre en tierra lejos de la presencia del Señor, porque ha salido

el rey de Israel a buscar una pulga, como quien persigue una perdiz por los montes».

²¹ Entonces Saúl dijo: «He pecado; vuelve, hijo mío David, que ningún mal te haré más, pues mi vida ha sido estimada preciosa a tus ojos hoy. He aquí que yo he actuado neciamente y he errado en gran manera».

²² David respondió y dijo: «He aquí la lanza del rey; pase acá uno de los criados y tómela.

²³ El Señor pague a cada uno su justicia y su lealtad; pues el Señor te había entregado hoy en mi mano, mas yo no quise extender mi mano contra el ungido del Señor.

²⁴ Y así como tu vida ha sido estimada hoy de gran valor a mis ojos, así sea mi vida estimada a los ojos del Señor, y me libre él de toda aflicción».

²⁵ Saúl dijo a David: «Bendito seas tú, hijo mío David; sin duda harás grandes cosas y prevalecerás».

Entonces David siguió su camino y Saúl se volvió a su lugar.

27

¹ David dijo en su corazón: «Cualquier día de estos voy a perecer a manos de Saúl. Nada hay mejor para mí que escapar a la tierra de los filisteos; así Saúl desistirá de buscarme por todos los confines de Israel, y escaparé de su mano».

² Se levantó, pues, David y pasó, con los seiscientos hombres que estaban con él, a Aquis hijo de Maoc, rey de Gat.

³ David habitó con Aquis en Gat, él y sus hombres, cada uno con su familia; David con sus

dos mujeres, Ahinoam la jezreelita y Abigail la carmelita, que fue mujer de Naal.

⁴ Cuando se le informó a Saúl que David había huido a Gat, no volvió a buscarlo.

⁵ David dijo a Aquis: «Si he hallado gracia a tus ojos, ruego que se me dé un lugar en una de las ciudades del campo donde yo habite; pues, ¿por qué ha de habitar tu siervo contigo en la ciudad real?».

⁶ Aquel mismo día Aquis le dio Siclag; por lo cual Siclag ha pertenecido a los reyes de Judá hasta hoy.

⁷ El tiempo que David habitó en la tierra de los filisteos fue de un año y cuatro meses.

⁸ David y sus hombres subían y hacían incursiones contra los gesuritas, los guirzitas y los amalecitas; porque estos habitaban la tierra desde tiempos antiguos, en dirección de Shur hasta la tierra de Egipto.

⁹ David assolaba la tierra y no dejaba con vida hombre ni mujer; se llevaba las ovejas, las vacas, los asnos, los camellos y la ropa, y volvía a Aquis.

¹⁰ Aquis le preguntaba: «¿Contra quién habéis hecho hoy la incursión?».

David respondía: «Contra el sur de Judá, contra el sur de los jerameelitas y contra el sur de los ceneos».

¹¹ Ni hombre ni mujer dejaba David con vida para que fuesen llevados a Gat, diciendo: «No sea que den aviso contra nosotros, diciendo: “Esto hizo David”». Tal fue su costumbre todo el tiempo que habitó en la tierra de los filisteos.

¹² Aquis creía a David, y decía: «Él se ha hecho odioso a su pueblo Israel; por tanto, será mi siervo para siempre».

28

¹ En aquellos días, los filisteos reunieron sus ejércitos para la guerra, para luchar contra Israel. Aquis dijo a David: «Ten por seguro que saldrás conmigo en el ejército, tú y tus hombres».

² David dijo a Aquis: «Así sabrás lo que puede hacer tu siervo».

Aquis dijo a David: «Por eso te haré mi guardia personal para siempre».

³ Samuel había muerto, y todo Israel lo había llorado y enterrado en Ramá, en su propia ciudad. Saúl había expulsado del país a los que consultaban a los espíritus y a los adivinos.

⁴ Los filisteos se reunieron y vinieron a acampar en Sunem, y Saúl reunió a todo Israel y acamparon en Gilboa.

⁵ Cuando Saúl vio el ejército de los filisteos, tuvo miedo y su corazón se estremeció mucho.

⁶ Saúl consultó al Señor, pero el Señor no le respondió ni por sueños, ni por el Urim, ni por los profetas.

⁷ Entonces Saúl dijo a sus servidores: «Buscadme una mujer que tenga espíritu de adivinación, para que vaya a ella y le pregunte».

Sus siervos le dijeron: «Mira, hay una mujer en Endor que evoca a los espíritus».

⁸ Saúl se disfrazó y se puso otra ropa, y fue con dos hombres; llegaron a casa de la mujer de noche. Él le dijo: «Te ruego que me adivines la

suerte por un espíritu, y me hagas subir a quien yo te diga».

⁹ La mujer le dijo: «Mira, tú sabes lo que ha hecho Saúl, cómo ha eliminado del país a los que evocan a los muertos y a los adivinos. ¿Por qué, pues, pones una trampa a mi vida para causarme la muerte?».

¹⁰ Saúl le juró por el Señor, diciendo: «Vive el Señor que no te vendrá ningún castigo por esto».

¹¹ Entonces la mujer dijo: «¿A quién te haré subir?».

Él respondió: «Hazme subir a Samuel».

¹² Cuando la mujer vio a Samuel, gritó con fuerza; y la mujer habló a Saúl diciendo: «¿Por qué me has engañado? ¡Si tú eres Saúl!».

¹³ El rey le dijo: «No tengas miedo. ¿Qué ves?».

La mujer respondió a Saúl: «Veo un ser divino que sube de la tierra».

¹⁴ Él le preguntó: «¿Qué aspecto tiene?».

Ella dijo: «Es un anciano el que sube, y está cubierto con un manto». Saúl comprendió que era Samuel, y se inclinó rostro en tierra haciendo una gran reverencia.

¹⁵ Samuel dijo a Saúl: «¿Por qué me has molestado haciéndome subir?».

Saúl respondió: «Estoy muy angustiado, pues los filisteos me hacen la guerra y Dios se ha apartado de mí; ya no me responde más, ni por medio de profetas ni por sueños. Por eso te he llamado, para que me hagas saber lo que debo hacer».

16 Samuel dijo: «¿Por qué me preguntas a mí, si el Señor se ha apartado de ti y se ha convertido en tu adversario?

17 El Señor ha hecho contigo como dijo por medio de mí; pues el Señor ha arrancado el reino de tu mano y se lo ha dado a tu prójimo, a David.

18 Como tú no obedeciste a la voz del Señor, ni ejecutaste el ardor de su ira contra Amalec, por eso el Señor te ha hecho esto hoy.

19 Además, el Señor entregará a Israel junto con vosotros en manos de los filisteos; y mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo. El Señor entregará también el campamento de Israel en manos de los filisteos».

20 Al instante Saúl cayó en tierra cuan largo era, y tuvo gran temor por las palabras de Samuel; además, no le quedaban fuerzas, porque no había comido nada en todo el día ni en toda la noche.

21 La mujer se acercó a Saúl y, viéndolo muy turbado, le dijo: «Mira, tu sierva ha escuchado tu voz; he puesto mi vida en mi mano y he obedecido las palabras que me has dicho.

22 Te ruego, pues, que escuches tú también la voz de tu sierva: permíteme que ponga ante ti un bocado de pan; come para que tengas fuerzas cuando sigas tu camino».

23 Él se negó y dijo: «No comeré». Pero sus siervos, junto con la mujer, le obligaron, y él accedió. Se levantó del suelo y se sentó en la cama.

24 La mujer tenía en casa un ternero cebado, el cual mató enseguida; tomó harina, la amasó y

coció panes sin levadura.

²⁵ Lo puso todo delante de Saúl y de sus siervos, y comieron. Después se levantaron y se marcharon aquella misma noche.

29

¹ Los filisteos reunieron todos sus ejércitos en Afec, mientras los israelitas acampaban junto a la fuente que está en Jezreel.

² Los príncipes de los filisteos pasaban revista a sus secciones de a cien y de a mil, y David y sus hombres iban en la retaguardia con Aquis.

³ Entonces los príncipes de los filisteos preguntaron: «¿Qué hacen aquí estos hebreos?».

Aquis respondió a los príncipes de los filisteos: «¿No es este David, el siervo de Saúl, rey de Israel, que ha estado conmigo estos días y estos años? No he hallado en él falta alguna desde el día en que se pasó a mi bando hasta hoy».

⁴ Pero los príncipes de los filisteos se irritaron contra él y le dijeron: «Haz volver a ese hombre para que se quede en el lugar que le has señalado. Que no baje con nosotros a la batalla, no sea que se convierta en nuestro adversario durante el combate. Pues ¿con qué otra cosa podría este hombre congraciarse con su señor sino con las cabezas de estos hombres?»

⁵ ¿No es este aquel David de quien cantaban en las danzas, diciendo: “Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles”?».

⁶ Entonces Aquis llamó a David y le dijo: «Vive el Señor, que tú has sido recto y me ha parecido

bien tu comportamiento conmigo en el ejército, pues ninguna maldad he hallado en ti desde el día que viniste a mí hasta hoy; pero no eres del agrado de los príncipes.

⁷ Por tanto, vuelve ahora y vete en paz, para que no desagrades a los príncipes de los filisteos».

⁸ David respondió a Aquis: «Pero ¿qué he hecho? ¿Qué has hallado en tu siervo desde el día que estoy en tu presencia hasta hoy, para que yo no vaya a pelear contra los enemigos de mi señor el rey?».

⁹ Aquis respondió a David: «Yo sé que tú eres bueno a mis ojos, como un ángel de Dios; pero los príncipes de los filisteos han dicho: “No subirá con nosotros a la batalla”.

¹⁰ Levántate, pues, mañana muy temprano, con los siervos de tu señor que han venido contigo; partid en cuanto madruguéis y haya luz».

¹¹ David se levantó de madrugada, él y sus hombres, para partir por la mañana y volver a la tierra de los filisteos; y los filisteos subieron a Jezreel.

30

¹ Cuando David y sus hombres llegaron a Siclag al tercer día, los amalecitas habían invadido el Neguev y Siclag; habían assolado a Siclag y le habían prendido fuego.

² Se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, desde el más pequeño hasta el más grande; pero no habían matado a

nadie, sino que se los llevaron y siguieron su camino.

³ Cuando David y sus hombres llegaron a la ciudad, vieron que había sido quemada, y que sus mujeres, sus hijos y sus hijas habían sido llevados cautivos.

⁴ Entonces David y la gente que estaba con él alzaron su voz y lloraron hasta que les faltaron las fuerzas para llorar.

⁵ También las dos mujeres de David, Ahinoam la jezreelita y Abigail, la que fue mujer de Nabal el del Carmelo, habían sido llevadas cautivas.

⁶ David se hallaba en gran angustia, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues el alma de todo el pueblo estaba llena de amargura, cada uno por sus hijos y por sus hijas; mas David se fortaleció en el Señor su Dios.

⁷ Y dijo David al sacerdote Abiatar, hijo de Ahimelec: «Te ruego que me traigas el efod».

Abiatar trajo el efod a David.

⁸ David consultó al Señor, diciendo: «¿Perseguiré a esta banda de merodeadores? ¿Los alcanzaré?».

Él le respondió: «Persíguelos, porque ciertamente los alcanzarás y sin duda rescatarás a todos».

⁹ Partió, pues, David, él y los seiscientos hombres que con él estaban, y llegaron hasta el torrente de Besor, donde se quedaron algunos.

¹⁰ Pero David siguió la persecución con cuatrocientos hombres; pues se quedaron atrás doscientos que, por estar demasiado cansados, no pudieron pasar el torrente de Besor.

¹¹ Hallaron en el campo a un hombre egipcio, el cual trajeron a David; le dieron pan y comió, y le dieron a beber agua.

¹² Le dieron también un pedazo de masa de higos secos y dos racimos de pasas. Luego que comió, recobró su espíritu, porque no había comido pan ni bebido agua en tres días y tres noches.

¹³ David le preguntó: «¿De quién eres tú y de dónde vienes?».

Él respondió: «Soy un joven egipcio, siervo de un amalecita; mi amo me abandonó hace tres días porque caí enfermo.

¹⁴ Hicimos una incursión en el Neguev de los quereteos, en el territorio de Judá y en el Neguev de Caleb; también prendimos fuego a Siclag».

¹⁵ David le preguntó: «¿Me llevarás tú hasta esa hueste?».

Él dijo: «Júrame por Dios que no me matarás, ni me entregarás en mano de mi señor, y te llevaré a ellos».

¹⁶ Lo llevó, pues; y he aquí que estaban dispersos por toda aquella tierra, comiendo, bebiendo y bailando por todo aquel gran botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de la tierra de Judá.

¹⁷ David los batió desde el anochecer hasta la tarde del día siguiente; no escapó de ellos ninguno, sino cuatrocientos jóvenes que montaron en camellos y huyeron.

¹⁸ David recobró todo lo que los amalecitas habían tomado, y también rescató a sus dos mujeres.

¹⁹ No les faltó nada, ni pequeño ni grande, ni hijos ni hijas, ni del botín, ni de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David.

²⁰ Tomó también David todas las ovejas y el ganado vacuno; y los que lo conducían delante del otro ganado decían: «Este es el botín de David».

²¹ Llegó David a donde estaban los doscientos hombres que, por el cansancio, no habían podido seguirlo y se habían quedado en el torrente de Besor; estos salieron a recibir a David y al pueblo que con él estaba. Cuando David se acercó a la gente, les saludó con paz.

²² Entonces todos los hombres malvados y perversos de entre los que habían ido con David respondieron diciendo: «Puesto que no fueron con nosotros, no les daremos del botín que hemos recuperado, sino a cada uno su mujer y sus hijos; que los tomen y se vayan».

²³ Pero David dijo: «No hagáis eso, hermanos míos, con lo que nos ha dado el Señor, quien nos ha guardado y ha entregado en nuestra mano a la banda que vino contra nosotros.

²⁴ ¿Y quién os escuchará en este asunto? Porque cual sea la parte del que desciende a la batalla, tal ha de ser la parte del que se queda con el bagaje; han de partir por igual».

²⁵ Desde aquel día en adelante quedó esto por estatuto y ordenanza en Israel, hasta hoy.

²⁶ Cuando David llegó a Siclag, envió parte del botín a los ancianos de Judá, sus amigos, diciendo: «He aquí un presente para vosotros del botín de los enemigos del Señor».

27 Lo envió a los que estaban en Betel, en Ramot del Neguev, en Jatir,
28 en Aroer, en Sifmot, en Estemoa,
29 en Racal, en las ciudades de los jerameelitas, en las ciudades de los ceneos,
30 en Horma, en Corasán, en Atac,
31 en Hebrón y en todos los lugares donde David había estado con sus hombres.

31

1 Los filisteos lucharon contra Israel, y los hombres de Israel huyeron delante de los filisteos y cayeron muertos en el monte Gilboa.

2 Los filisteos alcanzaron a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl.

3 La batalla arreció contra Saúl; los arqueros lo alcanzaron y fue herido de gravedad por ellos.

4 Entonces dijo Saúl a su escudero: «Saca tu espada y traspásame con ella, no sea que vengan estos incircuncisos, me atraviesen y se mofen de mí». Pero su escudero no quiso, porque tenía gran temor. Entonces Saúl tomó su espada y se echó sobre ella.

5 Al ver su escudero que Saúl había muerto, él también se echó sobre su espada y murió con él.

6 Así murió Saúl aquel día, y sus tres hijos, y su escudero, y todos sus hombres juntos.

7 Cuando los hombres de Israel que estaban al otro lado del valle, y los que estaban al otro lado del Jordán, vieron que Israel había huido y que Saúl y sus hijos habían muerto, abandonaron las

ciudades y huyeron; y los filisteos vinieron y habitaron en ellas.

⁸ Al día siguiente, cuando los filisteos vinieron a despojar a los muertos, hallaron a Saúl y a sus tres hijos caídos en el monte Gilboa.

⁹ Le cortaron la cabeza, le despojaron de sus armas y enviaron mensajeros por toda la tierra de los filisteos para llevar la noticia al templo de sus ídolos y al pueblo.

¹⁰ Pusieron sus armas en el templo de Astarot y colgaron su cuerpo en el muro de Bet-san.

¹¹ Mas cuando los de Jabes de Galaad oyeron lo que los filisteos habían hecho a Saúl,

¹² todos los hombres valientes se levantaron y caminaron toda aquella noche; tomaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos del muro de Bet-san, y volviendo a Jabes, los quemaron allí.

¹³ Tomaron sus huesos y los enterraron debajo de un tamarisco en Jabes, y ayunaron siete días.

Santa Biblia libre Latinoamericano
The Holy Bible in the Latin American dialect of
Spanish, Biblia libre Latinoamericano translation

Public Domain

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin American

Este es un borrador de traducción. Está siendo revisado y editado. Si encuentra algún error, infórmenos en spablm@eBible.org.

2026-04-01

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 1 Apr 2026 from source files dated 1 Apr 2026

94a0b3cb-f9c0-50dd-bd1f-0f6be93b38a6